

El secreto del condón asesino

Ángel Colodro



Cometa

El secreto del condón asesino

© Ángel Colodro, 2010

© Cometa taller creativo de televisión S. L.

C/ Castillo, 32

Torrejón de Ardoz

28850 Madrid

Tfno. 655 39 26 87

cometatv@yahoo.es

angelcolodro@yahoo.es

ISBN: 978-84-938389-0-4

Depósito Legal: M-45129-2010

Impresión: FRAGMA

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotomecánico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso por escrito del autor

Impreso en España

Segundo libro de la trilogía

Los Casos de Javier Plaza

El hombre que aprendió a soñar

El secreto del condón asesino



Cometa

Ángel Colodro

*“Cuéntame durante algún tiempo lo que sueñas,
y te diré lo que hay dentro de ti.”*

Pfaff, E.R.

La mujer de negro

Martes, 24 de septiembre de 1985

13.00 horas

En la redacción de *El Caso* se recibían a diario llamadas de personas desconocidas que contaban historias, cada cual más insólita. La encargada de atenderlas era Marisa, la telefonista, una solterona a la que ya se le había pasado el arroz allá por los años de las andanzas de *el Lute* y cuya edad era uno de los misterios mejor guardados en una empresa que se dedicaba precisamente a eso: a desvelar secretos. Marisa tenía un olfato especial para seleccionar las llamadas. Oía a la persona que se hallaba al otro lado del hilo y sabía si se trataba de un “loco” o una “loca” que, simplemente, quería llamar la atención; o de alguien que de verdad tenía algo interesante que contar.

En cualquier caso, fuera quien fuese, si no tenía otra cosa que hacer, que era lo más habitual, Marisa adosaba con sumo esmero los auriculares a sus oídos para no estropear la cuidada melena de leona domesticada que lucía y escuchaba. Mientras, se arreglaba las uñas con una lima de cartón. Y cuando el interlocutor ya se había despachado a gusto, le tomaba el número de teléfono y le decía que le llamaría un redactor, lo que generalmente nunca ocurría.

La mujer que, en lugar de telefonar, se presentó aquella mañana gris de un incipiente otoño en el vestíbulo del semanario, era bien distinta. Enlutada desde los pies hasta la cabeza, que llevaba medio cubierta con un velo empapado, de su cuerpo petiso y regordete pero firme sólo asomaba un rostro flácido y demacrado, expresión viva de la tragedia, en el que destacaban unos ojillos azul turbio que se hundían en el centro de unas brillantes cuencas de plañidera inconsolable. Tras presentarse educadamente como Otilia Solano, le dijo a Marisa que venía de Valdepeñas para hablar con algún responsable de la publicación. La telefonista intentó sonsacarle el motivo de la visita, pero la mujer, bien segura de que su historia suscitaría el interés del periódico, sólo le dijo que era para hablar de un crimen y no volvió a abrir la boca.

Como era martes y el periódico acababa de salir a la calle, el ambiente en la redacción era distendido. Los reporteros ya habían visto el despliegue de sus reportajes en las páginas y Félix Urbano acaparaba la atención de los pocos que a esas horas permanecían en su lugar de trabajo. Les contaba una de esas historias, que nunca se sabía hasta que punto eran verdad o fruto de su imaginación. O una mezcla de ambas.

Urbano era todo un personaje, uno de los más peculiares empleados de la empresa que pululaban por *El Caso*. De estatura más corta de lo normal, todas sus facciones estaban tan bien proporcionadas que parecía un hombre hecho a escala. En su afilado rostro de pájaro carpintero destacaba un fino y perfilado bigote gris, dorado por el humo de los ducados que fumaba sin parar. Todo él un caballero español, vestía impecables trajes de tres piezas hechos a la medida, almidonadas camisas de un blanco immaculado con puños para gemelos, que usaba siempre chapados en oro de escasos quilates, corbatas a juego y zapatos negros de charol, tan embetunados y brillantes que uno casi se podía ver reflejado en ellos.

Urbano presumía de haber sido jefe de tanques del ejército republicano en la guerra civil, pero callaba que los tanques eran de agua; que en lugar de ordenar hacer fuego en el frente, se dedicaba a aliviar la sed de los soldados en la retaguardia. Estaba casado, sin hijos, con una anciana marquesa venida a menos que le aventaja en edad y de quien nunca mostraba fotografía alguna. Trabajaba como conductor en la revista hermana *Velocidad* y, desde que murió el padre de Pepa, también como chófer particular del editor. Así se pagaba los gastos de sastre y tabaco.

Cada vez que llegaba un redactor o fotógrafo nuevo, Urbano le empezaba a contar las historias de la publicación. Siempre las mismas. La de Quílez, aquel ex comisario de policía que no sabía escribir a máquina y que dictaba a una secretaria los reportajes con tanto realismo que un día la muchacha no lo pudo soportar y cayó al suelo desmayada en medio del relato de un frenesí asesino. La de otro redactor veterano que había sido anteriormente cronista taurino y en la redacción le encargaban el seguimiento de los crímenes cometidos a puñaladas.

“Y entonces, con suma frialdad, el homicida se aproximó silencioso hacia su víctima, alzó sigilosamente las artes de matar y se abalanzó cauteloso sobre ella para asestarle un certero golpe del puntiagudo acero en el cuarto espacio intercostal...”. Esta era la frase preferida de aquel redactor, que el chófer del editor rememoraba fielmente, entonándola con voz grave y posición de matador de toros en el tercio de la suerte.

Pero, sobre todo, a Urbano lo que le gustaba rememorar eran las anécdotas del inspector Pedrito, como se conocía a Margarita Landi, todo un mito del oficio. De ella se decía que sus crónicas de los años sesenta se leían en voz alta en los

café de los pueblos para aquellos vecinos que no habían tenido la fortuna de haber sido desasnados.

“Un día —solía relatar el hombrecillo con voz calma y pausada—, Margarita llegó a un pueblo donde habían matado a un hombre. Cuando fue a darle el pésame a la mujer, ésta le respondió con asombro: ¿Cómo que me acompaña en el sentimiento? Será por la alegría que me da que por fin ese malnacido haya recibido su merecido y esté donde está...”
“Otra vez —continuaba, haciendo siempre un inciso para encender otro cigarrillo con su encendedor Dupont de imitación—, en una situación similar, la respuesta fue bien distinta. La mujer, con lágrimas en los ojos, contestó a Margarita: ¿Y ahora quién me va a dar a mí la paliza de los sábados?...”

Como el trabajo de conductor no le ocupaba mucho tiempo y, en los ratos libres, prefería trabajar que jugar al chinchón con las aburridas amigas de su mujer la marquesa, Urbano colaboraba de huelebraguetas en una agencia de detectives persiguiendo a maridos infieles. Del encargo que se traía entre manos estaba hablándoles a Javier, Pepa y al Charly cuando Marisa acompañaba por los pasillos a Otilia Solano hacia la sala de redacción

—¿Con una nevera? Esa mujer está más loca que las maracas de Machín—, aseveró el Charly con sorna, mientras Javier y Pepa no cesaban de reír.

—Que sí, que sí —replicó Urbano—. Yo tampoco me lo creía al principio, pero me han encargado que lo investigue y, la verdad, no sé cómo hacerlo.

—Pues...!Disfrázate de nevera!

—Menos guasa, que no va de broma. La esposa jura y perjura que ha visto a su marido con la puerta entreabierta, los

pantalones y los calzoncillos bajados y el paquete dentro, gimiendo como cuando lo hace con ella.

—Y no actuó de ninguna manera—, terció Javier.

—Ella dice que por la noche intentó... —Urbano miró a Pepa y acto seguido añadió: “Ya sabéis...”.

—Por mí no te cortes Urban —terció Pepa—. Chachi que se lo intentó calzar y al hombre no se le puso. No, si yo que ella lo que hubiera hecho es cerrar la puerta de la nevera de un portazo cuando el hombre tenía la picha dentro y se acababan los problemas para siempre...

—¿Cómo se le iba a poner? Si la tendría congelada —añadió el Charly, en medio de una sonora risotada que fue interrumpida por el rugido serio y enérgico de Marisa que acababa de entrar en la Redacción con la mujer de negro.

—¡Javier! El director ha dicho que atiendas a esta señora.

Al volver la mirada hacia Marisa y su acompañante, a todos se les pararon las risas en seco. Mientras Javier y la enlutada mujer se dirigían hacia la mesa del reportero, Urbano siguió relatando en voz baja a Pepa y al Charly más pormenores del caso del hombre de la nevera.

Y es que no hacía mucho había aparecido en los periódicos la historia de un tipo de Orense que había muerto aplastado por una enorme mole de piedra. Al retirarla con una grúa, la comisión judicial quedó estupefacta a ver que en el preciso momento de sorprenderle tan brutal muerte, la víctima estaba manteniendo relaciones sexuales con una gallina. Un caso de zoofilia que se sumaba al de otros que se oían, aunque nunca se confirmaban, de pastores con ovejas o cabras. O de mujeres solitarias que aliviaban sus sofocos con caniches u otros perritos lengüeteros. Pero de ahí a hacerlo con un

electrodoméstico... Era algo que superaba todo lo imaginable hasta para los redactores de *El Caso*.

13.15 horas

Javier Plaza no podía quitarse de la cabeza la escena del hombre culeando con el quicio de la puerta de la nevera. Reprimía como podía la risa, cuando la mujer de negro se le echó a llorar nada más sentarse enfrente.

—Tranquilícese señora y discúlpeme, pero son tantas las tragedias que conocemos cada semana que si no tuviéramos momentos de asueto como éste no lo podríamos soportar...

—No, qué va. Si lo entiendo. Es usted quien debe disculparme a mí, pero es que cada vez que me acuerdo de mi Antonio se me hace un nudo en la garganta.

—¿Quiere un vaso de agua?

—No gracias, se lo agradezco.

—Está bien, cuénteme: ¿Qué le ha pasado a su marido?

—No, a mi marido nada, aunque también se llamaba Antonio, como mi hijo, y el “probe” tampoco tuvo un buen final. El día 20 del mes que viene, Dios mediante, hará doce años que estaba arando cuando el tractor volteó y le aplastó debajo. Lo acabábamos de comprar y, aunque era domingo, se empeñó en ir al campo. Nosotros no es que seamos ricos, pero en casa nunca nos ha faltado de nada y él estaba tan orgulloso con su nuevo tractor que no hubo forma de convencerlo para que no fuera. Cuando llegamos ya había muerto. Estaba reventado por dentro... Y ahora lo de mi hijo, el único que teníamos porque al nacer a mí me tuvieron que vaciar.

La mujer sacó de su bolso un pañuelo arrugado para secar las lágrimas, que resbalaban perezosas de sus ojos. Javier había aprendido que en esos momentos era mejor esperar sin decir nada. Que era habitual que cada vez que la parca segaba de improviso una vida, las familias rememoraban una por una todas sus desgracias anteriores. Era como si el drama se realimentara de sí mismo y su recuerdo un alivio de almas en pena que se calmaban con el llanto en busca de una última lágrima que nunca llegaba. La mujer se sonó tímidamente la nariz enrojecida y pidió disculpas de nuevo al reportero.

—No se preocupe, señora. Ya le traigo un poco de agua.

Javier se levantó y la dejó sola unos minutos para que se desahogara. Mientras se dirigía al baño, observó como Pepa reprimía también las risas que le producían los últimos detalles del relato de Urbano sobre el hombre de la nevera. La foterá se llevaba la mano izquierda a la boca y al ver a su compañero agitó la derecha de arriba a abajo como diciéndole que vaya “marrón” le había tocado con la señora de negro.

Al volver con el vaso, la mujer tragó el agua de una vez, dejó el pañuelo sobre su regazo, aspiró aire profundamente y empezó a contar lo sucedido a su hijo.

—Mire, joven —empezó—, he venido aquí porque mi marido era muy amigo de Plinio, un policía municipal que aclaró una serie de crímenes ocurridos hace tiempo en Tomelloso, de donde eran los dos y a donde Antonio solía acudir a encontrarse con sus compañeros de quintas. El hombre hablaba muy bien de este periódico. Decía que era el único que se tomaba los crímenes en serio.

—Sí, señora, ¿y qué desea entonces? —le preguntó Javier, que empezaba a hartarse de tantos rodeos.

—Yo quiero saber por qué mi hijo hizo lo que hizo. Porque él no era así. Siempre fue un muchacho bueno y estaba muy enamorado de su mujer. No me cabe en la cabeza. Y mucho menos ahora que, por fin, iban a ser padres, lo que más deseaba en el mundo. Comprenderá usted que una no pueda vivir con la angustia con la que yo vivo. Ni siquiera he podido enterrarlo en camposanto...

Javier seguía sin enterarse de que había hecho el tal Toñín y decidió tomar la iniciativa. Retiró la máquina de escribir a un lado y extrajo su libreta azul centauro del bolsillo de la gabardina que colgaba en el respaldo de su silla.

—Vamos a ver, señora. ¿Qué tal si yo le pregunto, usted me va respondiendo y así avanzamos? ¿Le parece bien?

—Perdóneme, pero es que estoy muy nerviosa y los recuerdos se me agolpan.

—Lo entiendo. A ver, empecemos por el principio: ¿Su nombre es...?

—María Otilia Consolación de la Merced y de todos los Santos Solano Covarrubias, aunque todos me llaman Otilia.

—Y dice que vive en Valdepeñas ¿No es así?

—Sí señor.

—Su hijo, ¿cómo se llama?

—Se llamaba. De niño siempre era Toñín, pero cuando murió su padre le empezamos a decir Antonio, aunque su nombre completo era Antonio Benito Romualdo de Blas y de todos los Santos Argüelles Solano. Benito por su abuelo paterno, Romualdo por mi padre y Blas porque nació en día de San Blas. Sí, justo cuando las cigüeñas llegaban al campanario

de la iglesia. Fue como una bendición de Dios, después del terrible embarazo que sufrí, casi los nueve meses encamada. Y se me fue para siempre el pasado 7 de septiembre, la víspera del día de Nuestra Señora.

—Bueno, cálmese... ¿y qué es lo que le pasó?

—Eso es lo que me gustaría saber a mí. Qué se le pasó por la cabeza para... hacer aquello. Si no había roto un plato en su vida.

—Pero... ¿qué hizo?

—¿Que qué hizo? Lo peor que puede hacer una criatura de Dios. Porque él, aunque no le gustaba mucho la misa, como a la mayoría de los muchachos del pueblo de su edad, no se vaya a creer, era bueno. Nunca dio ningún problema. Algo tímido sí, pero buen hijo y mejor marido. Hasta aquel día en que se debió de volver loco, porque a mí no me cabe otra explicación.

—¿Qué día?

—Ya le he dicho, el 7 de este mismo mes, víspera de la Virgen de la Consolación, que es la patrona del pueblo. Al día siguiente haría un año que se había casado con Micaela, una joven de Manzanares que era huérfana y llegó de moza al pueblo a servir en una casa... Una chica muy guapa y trabajadora. Habían pasado cinco años de novios. Si viera que pareja hacían. Envidiable. Ella rubia y ojos claros, que hasta parecía extranjera; y él moreno y ojos negros. Aunque no era muy alto, era de los más guapos del pueblo y no se lo digo porque fuera mi hijo, que lo decían todas. Tendría que verlo a los veinte años. Podía haberse casado con la que hubiera querido, pero ya había empezado a tontear con Micaela. La verdad es que al principio no me gustaba que ella fuera dos años mayor que él, pero ya sabe cuando los hombres se enamoran... Y por un hijo, qué no hace una madre.

La mujer sacó del bolso una fotografía de su hijo el día de la boda y se la mostró al reportero. En la imagen aparecía ella junto la pareja, portando un retrato que la mujer sujetaba a la altura del corazón.

—Este era mi difunto marido —indicó la mujer, señalando al hombre de la fotografía—. Mi hijo quería que estuviera con nosotros. Estaban tan unidos...

—¿Y...?

—El caso —continuó por fin la mujer—, es que para celebrar el primer aniversario, como coincidía en fin de semana, se vinieron a pasar la noche a Madrid. Querían ir al teatro La Latina a ver a Lina Morgan, que les gustaba mucho. Fue la última vez que los vi vivos. Por la noche me llamaron por teléfono y me dijeron que habían llegado bien y que al día siguiente regresarían a la hora de comer.

—¿Qué pasó después? —preguntó Plaza con impaciencia.

—Pues eso...

—Hummm.

—Perdone, pero es que sólo recordarlo...

—Tranquila, tómese el tiempo que quiera.

—Está bien... Estaba yo al día siguiente en casa terminando de arreglarme para ir a la misa de las doce cuando se presentó la Guardia Civil. Al principio no me quisieron decir. Sólo que algo muy grave les había ocurrido. Me eché a llorar pensando que se habían matado en la carretera al volver...

—¿No le dijeron nada más?

—Que tenía que acompañarles a Madrid. Como no podía dejar tanto tiempo sola a mi madre, llamé a Desiderio, mi hermano, que se presentó en casa al rato y se fue con los guardias. Ocho horas más tarde, las más largas de mi vida, más todavía que cuando lo de mi difunto marido, regresó y me lo contó todo...

—Y... ¿qué es todo?

—Que no había sido un accidente con el coche, que mi Antonio, mi Toñín había matado a Micaela en la pensión donde se hospedaron y después se había ahorcado en el baño. “Que no, que no puede ser que Toñín haya hecho eso”, le dije a Desiderio.

La mujer se echó de nuevo a llorar. Javier dejó que se desahogara y cuando la notó más calmada volvió a preguntar con incredulidad.

—¿Dice que eso ocurrió aquí en Madrid? Pero si nosotros no nos hemos enterado de nada. ¿Cómo puede ser?

—Desiderio me dijo que un policía le había comentado que era mejor no decir nada, ya que el caso estaba claro y se iba a archivar. Pero yo no me lo explico porque ella estaba embarazada de una falta y a él le gustaban mucho los niños. Decía que quería tener dos, ya que como a mí me vaciaron después del parto no le pude dar un hermanito...

Javier empezó a dudar de la historia. “¿Cómo era posible que ni la Policía, ni siquiera los contactos del Instituto Anatómico Forense, les hubieran informado de nada?” se preguntaba. Según la mujer, el parricida no había dejado carta alguna antes de poner fin a su vida, y eso de que un suicida se llevara el móvil del asesinato a la tumba no era lo habitual en los crímenes pasionales, ya fueran por celos o por despecho.

La cabeza del reportero empezó a echar chispas con las dudas que se le agolpaban. Además era martes y necesitaba despejarse. El día anterior había tenido que escribir tres historias. La primera, y más trágica, un reportaje sobre el homicidio de un hombre que había matado en el Bierzo a un vecino con una azada por “robarle” el agua de riego para la huerta. Al ser conducido a la cárcel, el homicida, en lugar de arrepentirse por el “pronto” sufrido, no cesaba de decir: “Lo hecho, hecho está”.

La segunda, una entrevista rayana entre lo dramático y lo cómico, a *pichacapá*, un solterón de Castro Urdiales, al que los médicos acababan de restaurar sus partes después de que en una noche de borrachera se quedara dormido en el suelo del viejo caserón en el que vivía solo con las ratas, que le medio comieron la pija sin que él se diera cuenta. Al preguntarle el reportero qué le había pasado el hombre, como si nada, contestó: “Que me caparon las ratas”.

Y la tercera, otra insólita entrevista a una mujer de Lugo, también solterona y anciana, que presumía de su virginidad y dormía todas las noches en un ataúd rosa palo que había mandado hacer en la funeraria *La Siempreviva* de su pueblo. “Es para sentirme cómoda cuando me llegue la hora”. Al reportero se le venían a la cabeza los esfuerzos de La Chachi para no reírse cuando se dispuso a hacer las fotos de la mujer dentro de la caja mortuoria. La fotería se tuvo que ir al baño porque literalmente se meaba de risa al observar por la mirilla de su cámara como la muerta viviente juntaba las manos sobre su pecho. Era como si ya hubiera iniciado el camino hacia el más allá.

No, pensaba Javier. Era demasiado pronto para enfrentarse a un crimen cuyos visos de credibilidad, además, eran más que discutibles. El reportero decidió poner fin a la entrevista y acompañar amablemente a la mujer de negro a la puerta, no

sin antes pedirle la fotografía de la boda de su hijo que le había mostrado y su dirección en Valdepeñas, para devolvérsela.

—Pero me promete que me dirá qué demonio se apoderó de mi hijo para hacer algo tan horrendo —dijo Otilia Solano antes de abandonar el vestíbulo del semanario, mientras buscaba la mirada cómplice de la telefonista, que terminaba de pintarse las uñas detrás de la centralita—. Yo ya sólo quiero que don Remigio, el párroco, consienta enterrar a mi hijo en camposanto junto a su padre y Micaela. Porque ellos se querían mucho y mi Antoñito era un buen hijo, aunque no fuera a misa.

—No se preocupe, señora, que haremos lo posible. Eso sí que se lo prometo.

—Muchas gracias, joven, El Señor y la Virgen Nuestra Señora se lo agradecerá.

Tras cerrar la puerta, Javier Plaza miró a Marisa torciendo la boca y moviendo la cabeza en señal de duda mientras le decía: “No sé, no se...”

—Mira, reporterete —contestó la telefonista con tono chulesco, al mismo tiempo que soplaba sus uñas al frente con desdén—, llevó aquí casi treinta años y está por llegar el día que confunda a una vieja con una loca. Vete a tomar el biberón y cumple lo prometido, que éste será un periódico humilde y tachado de sensacionalista por esa competencia que cobra de los fondos de reptiles del Estado, pero nunca ha jugado con los sentimientos de las personas.

Javier Plaza agachó las orejas y, mordiéndose la lengua, regresó a la redacción en busca de Pepa, para que reprodujera la fotografía que le había prestado la mujer de negro.

—Mejor mañana —le contestó la foterá mientras recogía su equipo—, que ya es la hora de la manduca y esta tarde he quedado en el San Bao con los Tequila para sacarles unas fotos.

—¿El San Bao?

—Sí, un bareto de buten de la calle Arturo Soria, cerca de donde empezaron a ensayar. ¿Quieres venir?

—Chachi que no.

—Oye chaval, no te apropiés del chachi, que eso es cosa mía. Además, no sabes ni usarlo. Se dice “chachi que sí”, no “chachi que no”. Así que achanta la mui.

Desde que se había ido de casa a una vivienda okupa de Lavapiés tras una discusión con su madre, Pepa usaba un lenguaje cada vez más barriobajero y Javier apenas le entendía. Siempre tenía que preguntarle.

—¿La mui? ¿Qué es eso? —le preguntó ya cuando se iba.

—¿Qué va a ser?. La lengua, la húmeda, con acento en la “e”, como dices que dicen en tu pueblo. Por cierto, que te has perdido lo más guapo del tío ese que se ha enrollado con una nevera. ¿A que no sabes por qué la mujer se decidió a contratar a un detective?

—¿Por qué?

—Porque al día siguiente de pillarlo la mujer en actitud sexual con la nevera, pasaron los dos delante de una tienda de electrodomésticos y... ¿a que no sabes qué dijo el hombre?

—No, ¿qué?

—Pues que pensaba que la nevera de casa ya estaba algo vieja. Que ya no enfriaba demasiado y que le gustaba mucho una Bosch alemana último modelo que había en el escaparate. ¿Qué te parece?

—La mujer se debió de quedar petrificada.

—Chachi que sí. Yo desde luego me entero que a mi hombre le da por algo así y le mando de una colleja al Polo Norte para que desfogue. Por cierto, tú que eres del Pirineo. ¿No tendrás también esas aficiones de ponerla a refrescar?

Poco rápido de reflejos, cuando Javier quiso contestar, Pepa ya se iba. En la redacción no quedaba nadie. El reportero se dirigió hacia su mesa a por la gabardina. Al ir a cogerla vio en el suelo el pañuelo arrugado de la mujer de negro. En una esquina, bordadas en letra inglesa destacaban las iniciales “A. A.” correspondientes tanto al marido como al hijo fallecidos de la mujer. Plaza lo dobló y fue a meterlo en un cajón de su mesa, pero al final terminó en el bolsillo de su gabardina. Después salió, notando como un ligero dolor empezaba a apoderarse de su cabeza.

Los hilos del forense

Miércoles, 25 de septiembre de 1985

11.30 horas

Los forenses presumen de hacer hablar a los muertos. De que cuando abren en canal sus cuerpos, como si fueran un cordero después del sacrificio, son un libro abierto que les revelan no sólo las circunstancias de su muerte, sino de la vida que han llevado. Dicen que todo, absolutamente todo, queda reflejado en los órganos vitales. Y que tanto el cerebro, como el corazón, los pulmones, el estómago, el hígado y cada una de las vísceras que componen el cuerpo humano constituyen un capítulo de ese macabro libro escrito sobre el papel de la carne y la tinta de los excesos de la vida.

Al igual que todos los oficios, el de forense tiene sus leyendas. Cuentan que, en cierta ocasión, uno de estos galenos de la vida extinta, después de haber cosido el cadáver de sus “pacientes”, los marcaba a bisturí con una cruz a la altura del corazón si habían llevado una vida respetuosa con su cuerpo. Era su particular manera de recomendarlos a Dios para que lo tuviera en cuenta el día del Juicio Final ya que, según él, se habían ganado el Cielo.

El mismo día que cumplió veintiún años y se hizo mayor de edad, el hijo mayor del doctor falleció en un accidente de tráfico. La autopsia reveló la vida de crápula que había llevado. A pesar de ello, el hombre le puso la señal de la cruz para que San Pedro le dejara cruzar sin problemas las puertas del Firmamento y ocupara un lugar a la derecha del Padre.

Pero no mucho tiempo después, los remordimientos de conciencia por haber intentado engañar a Dios enloquecieron al médico forense, que terminó sus días en un manicomio. Al fallecer, se encontraron que su corazón parecía una diana con nueve círculos concéntricos, el más pequeño dividido en cuatro partes en una de las cuales se podía leer la leyenda “*Ego sum J. y L.*”. Nadie sabía que significaba aquel mensaje, hasta que uno de esos ilustres eruditos especializados en descifrar enigmas advirtió que quería decir: “Yo soy Judas y Lucifer” y se trataba de una alegoría del infierno que representó Dante en la Divina Comedia.

El doctor Turpín no parecía ningún fanático con ínfulas divinas ni nada por el estilo. Aparentemente se trataba de un hombre cuerdo y equilibrado, más apegado a los placeres de la vida terrenal que de la espiritual. Panzudo y bajito, siempre iba embutido en una gastada bata blanca, de la que sobresalía su cabeza de batracio sin cuello con una boca tan grande que le haría parecer un buzón de correos con tripa, de no ser por sus deshilachadas y peludas cejas grises que, cayendo sobre las enormes gafas negras de pasta, le inferían aires de sabio loco. En su juventud le hubiera gustado ser antropólogo forense y soñaba con diseccionar momias antiguas, pero los tiempos no corrieron a su favor y se tuvo que conformar con hincar el bisturí en los maltrechos cuerpos de accidentados de todo tipo y víctimas de crímenes más o menos horrendos. Ya próximo a la jubilación, dirigía sin pasión alguna el Instituto Anatómico Forense de Madrid, situado en los sótanos la facultad de Medicina de la Universidad Complutense

Riguroso y estricto, el doctor Turpín nunca revelaba del contenido de sus dictámenes forenses aquello que no fuera a constar en el acta de defunción. La misma que se facilitaba a los familiares para su inscripción en el Registro Civil y así pudieran proceder a la inhumación de los restos del finado. Identidad, fecha del óbito, lugar, si la causa del mismo era accidental o violenta y juzgado que instruía las diligencias. Detalles que previamente eran anotados en un libro registro de su departamento que, como iban a ser públicos, no tenía inconveniente ojearan los reporteros de *El Caso*.

Fue revisando el libro como Javier Plaza confirmó que, efectivamente, Antonio Argüelles Solano, de 24 años, y Micaela Cruz Expósito, de 26, habían sido trasladados al depósito mortuorio a las cinco y media de la madrugada del 8 de septiembre, tras ser hallados muertos violentamente en un piso de la calle de Atocha número 65 y que el juzgado que se encontraba de guardia era el 12 de los de la capital.

—¡Plaza!

El reportero salía por la puerta de la morgue, donde se agolpaban los familiares y novias de cuatro soldados del mismo pueblo que habían fallecido en accidente de tráfico cuando volvían al cuartel de un permiso de fin semana. La voz del forense Turpín más cordial de lo normal le paró en seco.

—¡Doctor! No he ido a saludarlo porque me han dicho que estaba ocupado —se justificó el reportero.

—No te preocupes. Me han informado que has venido por el caso del Ambos Mundos.

—¿Ambos Mundos?

—Sí, la pensión de la calle Atocha donde apareció muerta la pareja de Valdepeñas.

—No sabía que se llamaba así, pero ahora que lo pienso es un nombre muy apropiado para irse al otro barrio.

—Observo que los muertos alimentan tu sentido del humor.

—A veces es necesario para enfrentarse a algunas historias.

—A mí me van más los dulces... Fuera de bromas, ¿cómo te has enterado?

—Ya sabe. Una llamada anónima...

—No me vengas con esas, que soy viejo zorro. Pero no me importa, la cuestión —continuó el doctor, mientras invitaba a caminar al reportero colocándole su brazo izquierdo sobre el hombro— es que hay asuntos que mejor no remover. Este parece un caso típico de “la maté porque era mía”, como decís vosotros, y a la familia no creo que le gustara que saliera en los papeles.

Javier Plaza titubeó, sin saber que decir. “Si había sido la propia madre y suegra de los fallecidos quien le había puesto sobre la pista del caso, ¿a qué podía deberse esa extraña actitud del viejo Turpín? ¿Qué demonios callaba aquel hombre acostumbrado a hacer hablar a los muertos que, ya desde los tiempos del ex comisario Quílez, cuando era un joven forense, mantenía tan buena relación con el semanario?” —se preguntó. Ligeramente aturdido, el reportero se echó la mano a la frente y posteriormente a los bolsillos, en busca de algo que no encontró.

—Perdone doctor, pero: ¿No tendrá un paracetamol?

—Ya sabes que aquí los que llegan no es precisamente por un dolor de cabeza. Humm, te veo algo ojeroso. ¿Has dormido mal? Debes cuidarte de estas lluvias de entretiempo, que el veranillo del membrillo se retrasa.

—Sí, claro... Adiós, doctor.

—Adiós. Si necesitas algo, no dudes en llamarme. Y cuídate, que en la vida no merecen la pena los disgustos.

Pero no. No es que hubiera dormido mal. El ligero dolor de cabeza que le había aflorado el día anterior por la mañana tras la entrevista con la mujer de negro, Otilia Solano, había ido en aumento. Las pastillas de paracetamol eran la única forma que tenía de combatirlo.

Cada vez que le empezaba a doler la cabeza, Javier Plaza albergaba la esperanza de que se tratara de un principio de catarro. Ahora con el mal tiempo era bastante probable. Cualquier cosa, excepto los primeros síntomas de esa dichosa pesadilla que, desde niño, le atormentaba algunas noches. Un sueño maldito que le hacía despertarse sobresaltado en medio de fríos sudores y del que sólo llegaba a vislumbrar que se encontraba en una estación de ferrocarril donde había un reloj sin agujas.

Para tratar de descifrar la pesadilla, Javier siempre seguía el mismo ritual. Acudía a una estación, observaba los relojes e intentaba descubrir algo nuevo. Cuando estudiaba en Barcelona solía ir a la estación de Sants, y ahora en Madrid a la de Atocha.

Sentado en el vestíbulo de salidas pasaba unas cuantas horas y veía a los pasajeros con sus equipajes despedirse de sus seres queridos con el agobio del viaje por iniciar. Familiares que lloraban desconsoladamente. Niños que pedían agua o querían hacer pis a última hora y suscitaban los nervios de sus padres. Nervios que evolucionaban hacia la histeria cuando alguno de los pequeños se agarraba una pataleta y se echaba a llorar desconsolado. Parejas que se besaban como si ya no volvieran a verse nunca jamás. Y ancianos que al primer

aviso de la megafonía se apresuraban torpemente hacia el andén para no perder el que parecía ser el último tren de sus vidas.

Cuando se cansaba de no descubrir nada nuevo se dirigía al vestíbulo de llegadas. Allí las emociones que presenciaba eran bien distintas. Las lágrimas de los familiares, de alegría. Los niños se lanzaban hacia los brazos de sus tíos o abuelos en busca del regalo que sabían les tenían reservado. Los besos de las parejas presagiaban una noche de amor intenso. Y los ancianos suspiraban como si el peligro hubiera quedado atrás.

Pero, como de costumbre, a Javier Plaza nada le llegaba a su consciente, que le permitiera descifrar los crueles mensajes oníricos que le empezaban a acechar y le amenazaban con una noche de perros. Cuando se le pasaba el efecto de las pastillas y el dolor le empezaba a embargar de nuevo la cabeza acudía al bar de la estación, pedía un vaso de agua y se tomaba otra. Ya sabía que no se trataba de un simple catarro: que los fantasmas del inconsciente se habían liberado de sus cadenas. Que si no hacía algo, esa noche la pasaría medio sin dormir, entre sudores fríos y sobresaltos desde el fondo del pozo de hormigón en que se transformaría su cama.

Y ese algo también era el mismo ritual de siempre. Acudir a *La Campana*, una bodega de vinos dulces de Málaga situada en calle Ave María, en las inmediaciones de la plaza de Lavapiés y pocos metros arriba del *Barbieri*, el café donde Javier solía pasar los domingos por la tarde leyendo y releendo los periódicos. La bodega era uno de esos negocios que, desde los tiempos del franquismo y en las capitales de provincia, regentaban guardias civiles en activo o retirados con el beneplácito de Instituto Armado. En ellos se permitían pequeños trapicheos de drogas o de comercio sexual a cambio de confidencias y control social.

En el caso de *La Campana* era el hachís lo que circulaba. Por un talego se podía pillar una piedra de cuatro gramos de chocolate a uno de los jóvenes camellos del barrio que a la larga terminarían engrosando la negra lista de víctimas de la heroína o del sida. Unos muchachotes sanos por aquel entonces que entraban y salían del local para rendir cuentas a *el Boche*, un ex legionario que, siempre desde la misma esquina de la barra, controlaba el cotarro y que, entre vaso y vaso de vino de consagrar, se hacía unos porros generosos en polen cuyo aroma era el mejor reclamo para su floreciente negocio.

Javier ya conocía a los camellos y contaba con la aquiescencia del *Boche* para comprar su ración. Al principio nadie le vendía, ya que no era ni un pijo de guateque ni un jipi de casa okupa, pero un día se quedó mirando fijamente a *el Boche* desde el otro lado de la barra y la cosa cambió. El ex legionario habló con el camarero y a continuación le envió al *Chirla* a preguntarle qué quería. Javier le contestó que cien duros de costo. El mandado miró a su jefe, que asintió con la cabeza. Después, sacó una barra de talego, la partió en dos y se la dio al reportero a cambio del dinero.

Desde entonces, Javier siempre que aparecía se tomaba un par de vasos de vino, que era el impuesto que había que pagar al local, y se iba con su china de hachís. Y de allí a su buhardilla de la calle Amparo, donde empezaba a fumar hasta que el sueño se le apoderaba tan profundamente que ni las peores pesadillas podían despertarle.

Siempre el mismo ritual de la estación y los porros, que había repetido la tarde y noche anterior. La pesadilla que le perseguía de niño no se le representó por la noche, pero en el duermevela, tras sonar el despertador por la mañana, había vislumbrado unos hilos blancos. Era el pañuelo que la mujer de negro había dejado olvidado en su visita a la redacción.

El mismo pañuelo que ahora se encontraba en uno de los bolsillos de su gabardina, en lugar de la pastilla que buscaba para calmar sus dolores de cabeza. Un simple trozo de tela blanca arrugada con unas iniciales bordadas que si hablara podría contar aquello que las autopsias de los cadáveres de los asesinos o de sus víctimas nunca llegan a revelar a los forenses: las circunstancias últimas del crimen. En el caso de la mujer de negro, el motivo por el que su hijo había asesinado a su mujer y después se había suicidado, un móvil que se había llevado a la tumba y que, al parecer, alguien estaba dispuesto a impedir que se descubriera.

El sobre cerrado

Miércoles, 25 de septiembre de 1985

13.45 horas

Durante el franquismo, además de contar en su nómina con policías retirados, los reporteros de *El Caso* entraban y salían de las dependencias de la entonces Brigada de Investigación Criminal como por sus casas. Es más, los funcionarios no tenían inconveniente en contarles todos los detalles de los crímenes en los que trabajaban, ya que si les informaban de algo inoportuno para eso estaba la censura.

Sin embargo, con la llegada de la democracia todo había cambiado. La abolición de la censura había dado paso al nacimiento de los gabinetes de prensa. En el caso de los departamentos policiales estos gabinetes se dedicaban más a controlar la información que manejaban los periodistas que a ofrecerla, aunque supuestamente para eso habían sido creados. Además, los jefes superiores empezaron a ser cargos políticos que, según lo pelotas que fueran, se tomaban más o menos en serio esta tarea de control.

La Jefatura de Madrid está dirigida por uno de esos tiralevistas de frente tan generosa que le llegaba hasta la

rabadilla. Como ya había llegado a su nivel de incompetencia, el único afán que le motivaba era hacer carrera política a costa de ganarse el favor de los periodistas a base de filtraciones y alguna que otra comilona. Pero los reporteros de sucesos no solían entrar en ese juego. Y mucho menos los de *El Caso*, acostumbrados a hablar directamente con los funcionarios encargados de las investigaciones.

La primera medida que había tomado *el Algarrobo*, como le apodaron los periodistas, fue remitir una nota a las brigadas amenazando con abrir expediente a todo aquel funcionario que reSierrara información a algún periodista. La segunda, impedir la entrada de reporteros a las dependencias policiales de no ir acompañados por un miembro del gabinete de prensa. Pero hecha la ley, hecha la trampa. Y de trampas, los reporteros del *El Caso* se sabían unas cuentas.

El Yenes, en plena Puerta del Sol, era el bar más cercano a la Brigada Regional de Policía Judicial, cuyas dependencias se encontraban en la antigua Dirección General de Seguridad. Un edificio también conocido como la Casa del Reloj, desde donde se retransmiten las campanadas de fin año. Ya fuera de día o de noche, o entrada la madrugada, en el Yenes siempre había algún funcionario tomándose unas cañas, ya que el sueldo tampoco les daba para mucho más. Y si no, con esperar un rato más pronto que tarde caería *el Bizco*, que no fallaba nunca.

El Bizco, un policía de la vieja escuela franquista pasaba el día en autobuses y bares de guiris en busca de carteristas. Los más veteranos ya le conocían después de tantos años, pero los descuideros más noveles o recién llegados a la capital no podían imaginarse que en el defecto de los ojos de este policía se encontraba la eficacia en su trabajo. Que cuando parecía que miraba no lo hacía, y viceversa, por lo que siempre sorprendía a los chorizos in fraganti. A última hora de la

mañana, *el Bizco* siempre asomaba por su brigada para dar novedades. Previamente pasaba por el Yenes para libar un par de cañas con tapa de bravas, que para él siempre era casi una ración entera.

Antes de ir al Yenes al encuentro, Javier Plaza había estado en el hostel del crimen: el Ambos Mundos, que ocupaba la primera planta entera de un vetusto edificio de la calle Atocha, justo al lado de donde ocho años atrás, en plena transición, se había producido la matanza de los abogados laboristas. El establecimiento era uno de esos que con anterioridad había sido vivienda de gente acaudalada, con habitaciones a un lado y otro de un pasillo interminable de gruesos tabiques que arrancaba en recodo desde la puerta de entrada. Pero el recodo es lo único que pudo ver el reportero. Cuando le dijo a la mujer que le abrió la puerta, que se identificó como la matrona, que era de *El Caso*, recibió un portazo por respuesta.

De vuelta en el portal, esperó la llegada de algún vecino. Pero no le sirvió de gran cosa. Ninguno había oído nada. A una anciana le ayudó a subir a su ático el carrito de la compra que llevaba a medio llenar, pero la conversación de la mujer sólo giraba en torno a su marido inválido, que era quien solía subírselo antes de sufrir un infarto cerebral y ahora vegetaba en el salón sentado en una silla de ruedas y mirando sin ver frente a una ventana que daba a los tejados.

Después acudió a la farmacia *La Esfera*, una de las más antiguas del casco viejo de Madrid, situada casi enfrente del edificio que albergaba el hostel. Compró una caja de paracetamol, pidió un vaso de agua y se tomó una pastilla de un miligramo. Casualmente, el local había estado de guardia la madrugada del crimen y el mancebo de turno le dijo que había visto algo de movimiento de policía, pero no mucho. Lo único que recordaba era a un policía muy raro que llegó cuando los otros ya se habían ido y que le compró media docena de

hipodérmicas desechables. No se podía olvidar porque el funcionario hablaba con voz ronca y tenía los ojos tan hundidos que parecía un esqueleto viviente, aunque iba impecablemente vestido con un traje gris cruzado de finas rayas grises que le caía grande. Al principio, el mancebo no quería venderle las agujas pensando que se trataba de un yanqui de familia bien, pero el hombre se identificó con su placa de policía y no le quedó más remedio.

Cuando Javier Plaza entró en el *Yenes* ya era casi la hora de comer. *El Bizco* apuraba su vaso y cualquiera que llegara era bienvenido. Sobre todo si era de “la canalla”, como llamaban a los de *El Caso*. Menos en su forma desgarrada y desastrosa de vestir, el policía era como Urbano, pequeñajo y charlatán. Y siempre tenía una historia que contar, aunque tampoco sabías si era inventada o no.

—¿A que no sabes a quien trinqué el otro día?

—¿A quién?

—*Al Manoplas*

—¿Otra vez? ¿Qué ha hecho ahora?

El Manoplas era el carterista más hábil del foro. Y éste sí que era como Urbano en su forma impecable de vestir, aunque siempre iba de blanco, sombrero incluido. Sus escurridizos dedos de mago parecía que tuvieran ojos en las yemas. Eran capaces de escudriñar hasta en la faltriquera de una turista yanqui, por muy prieta que la tuviera en su bajo vientre.

—¿Qué ha hecho? Pues que se coló el otro día en la investidura de Severo Ochoa como doctor honoris causa de la Autónoma y le robó la cartera al Ministro de Cultura. No veas el revuelo que se montó.

—¿Al Solana? —preguntó Javier con incredulidad.

—Al mismísimo que viste y calza.

—¿Qué pasa, que acababa de cobrar?

—¿Dinero? Esos políticos no gastan ni en putas.

—¿Entonces?

—Mira Plaza, desde que palmó el abuelo aquí ya nada es lo que parece.

—Pero, ¿qué había en la cartera?

El Bizco arrimó la boca a la oreja del reportero:

—Yo no te he dicho nada ¿eh?.., pero en la cartera llevaba una lista secreta con los nombres en clave de los agentes de la OTAN en España.

—¿Qué me quieres decir? ¿Que ahora desde Cultura se controla a los espías?

—Eso lo has dicho tú. Yo sólo sé que se ha destituido a los guardaespaldas y que ese ministro tiene más competencias de las que se cree.

—¿Y cómo se supo que había sido *el Manoplas*?

—Eso fue lo más fácil. Aparecía en cantidad de fotos del acto. No veas la que se organizó en su casa para detenerle. Aquello parecía de película, pero al final tuvieron que llamarme a mí. Al ver a los geos, no se le ocurrió otra cosa que meterse el papel en la boca y se negaba a escupirlo si no hablaba conmigo. Él no sabía de qué iba, pero sospechaba que era importante.

—¿Qué pasó al final?

—Pues que se lo tragó sin querer y me tuve que tirar con él casi dos días encerrados en un cuarto con un orinal dándole agua de carabaña hasta que ... Entiendes, ¿no?

—Sí... que lo cagó... ¿O no?

—Efectivamente. Claro que yo cuando lo vi ni lo toque. Se lo entregué con orinal incluido a los agentes secretos. ¡Vaya trabajito! Si cuando yo digo que esos siempre están enmierdados

—¿Y qué pasó con él?

—Con *el Manoplas*. No te lo vas a creer, el muy listo ha logrado una pensión vitalicia a cambio de hacer algún “tra-ba-ji-to especial” de vez en cuando. ¡Qué te parece! *el Manoplas* en nómina de los servicios secretos y yo a seguir pateando la calle a diario. No, si cuando yo digo que esto ya no es lo que era...

El Bizco apuró su caña y preguntó a Javier qué quería.

—Ya sabes, subir a la pringue, que los de prensa están cada día más pegajosos.

—A esos les ponía yo a remover el orinal del *Manoplas*. ¡Panda de parásitos!

14.30 horas

Javier pasó sin problemas. Sabía que la trampa para evitar los controles de entrada a la Dirección General de Seguridad era subir con decisión por el lado de la pared acompañado de algún inspector. Los funcionarios de la puerta

no hacían preguntas y se limitaban a observar y saludar. Sobre todo si era la hora de comer y el trasiego de funcionarios incesante.

Una vez dentro del viejo edificio de piedra, el reportero se despidió de *el Bizco* y pudo moverse a sus anchas. Subió por la pétrea escalera de caracol a la segunda planta, donde se encontraban las dependencias de “la pringue”, como se conocía en el mundillo a la Brigada Regional de Policía Judicial. Eso sí, había que pasar por la antesala del despacho de *Cienkilos*, el comisario jefe cuyo apodo, sólo con verlo, se comprendía. Pero *Cienkilos* no ponía pegas al tránsito de los reporteros de *El Caso* y su secretaria lo sabía, aunque cada vez que llegaba alguno ponía al corriente a su superior.

Una puerta más allá asomaba un angosto y largo pasillo de paredes también de piedra, con incontables puertas de madera gris. Cada una y la de enfrente era de un grupo policial. Las de la derecha, que daban al patio interior del edificio, de oficinas; y las de la izquierda, abovedada y con ventanucos enrejados, que daba a la calle Correo, archivo y sala de interrogatorios.

Entre el grupo de estafas y el de atracos estaba el de homicidios, que era el más frecuentado por los reporteros de *El Caso*. Su jefe, Diego Calle, *el Picao*, era un probo y meticuloso funcionario, menudo y de mediana estatura que siempre vestía gastados trajes cruzados que algún día fueron azul marino y cuya característica más destacada era una cara ligeramente agujereada por la viruela, que ni con la barba podía disimular porque era medio lampiño.

—¿El del Ambos Mundos? Pero si eso ya está archivado. Un crimen sin importancia, que estaba claro desde el principio y no había nada que investigar. Además, con la amenaza de bomba todos estábamos alerta.

Por aquellos días el presidente de gobierno, Felipe González, se encontraba de viaje en China y las brigadas antiterroristas disponían de información de que el comando Madrid de ETA, uno de los más sanguinarios de la época, quería aprovechar la ocasión para cometer un gran atentado. Y así ocurrió. Al día siguiente del crimen de Toñín, 16 guardias civiles habían resultado heridos al estallar un coche bomba en la capital.

—Ya —replicó Javier—, pero a nosotros nos interesan más los crímenes comunes que los terroristas. ¿Me dejas echar un vistazo a las diligencias?

—¿Has hablado con el gabinete de Prensa?

—Aún no. Ya sabes cómo son. Además, no sé si llegaré a publicar algo, pero si quieres hablo con *Cienkilos*.

—No hace falta. Además te debo una.

El jefe de homicidios se refería a una testigo de los crímenes del *Lobo Feroz*, un ex legionario que asesinaba prostitutas y las emparedaba después. El policía había logrado localizarla gracias a una entrevista que le había hecho el reportero.

—Yo ahora me voy a comer, pero te dejo con Isabelita que se queda de guardia.

Isabelita era la única inspectora de toda la brigada. Hija del cuerpo, era pequeña y algo dentona, pero atractiva. De un atractivo particular al que, sin duda, contribuía el contraste de su prominente y puntiagudo pecho de anuncio de sostén con el pistolón negro cuya boca y culata sobresalían de la ajustada cartuchera que portaba en su cinto y cimbrecaba al son de sus caderas de jaca española.

—Me tocó ir al levantamiento de los cadáveres y a la autopsia —comentó Isabelita mientras abría un archivador y extraía las diligencias 2.124/85 del juzgado de instrucción número 12 de los de la capital.

—¿Quién os avisó?

—La matrona. Uno de los inquilinos se había quejado de los ruidos y cuando entró en la habitación se encontró el pastel. Pero cuando llegamos la mujer estaba tan campante. Lo único que quería es que nadie se enterara de que en su negocio había pasado algo así.

—Pues casi lo logra. ¿Y después, qué tal?

—Después... Más de dos horas de inspección ocular hasta que llegó el juez y se llevaron los cadáveres. La verdad, mira que he visto formas de matar, pero con un condón...

—¿Cómo?

—¿No lo sabías?

—¿El qué?

—¿Qué? El marido, que la intentó asfixiar introduciéndole un condón por la cabeza hasta el cuello...

—¡No jodas! Pero, ¿cabe?

—Sí, caber sí que cabe, aunque parezca imposible. Lo que debió de ocurrir es que se rompió y entonces el muy animal acabó por estrangularla ayudándose con sus propias manos. Yo creía que por eso te interesaba el caso, porque tiene un morbazo de la leche. La verdad no entiendo como habéis tardado tanto tiempo en enteraros. Además, el homicida tampoco es que tuviera un buen final.

—Se suicidó, ¿no?

—Se intentó colgar con el cinturón atándolo a la barra de la ducha, pero ésta se quebró y al final la muerte le sobrevino al romperse el cuello como consecuencia del golpe que se dio contra el inodoro.

—¡Hostias!

—Sí, una buena hostia, como lo oyes.

—Por cierto, ella estaba embarazada, ¿no?

—Sí, de un mes o cosa así.

—¿Y cómo es que el juzgado ha archivado el caso tan rápido?

—Porque la mujer fue abandonada al nacer y vivió en un orfanato. Total, que al no tener herederos conocidos no hay ni siquiera reclamación económica... Toma, ahí tienes las diligencias, que yo tengo que terminar de redactar un informe para el juez sobre el loco del punzón. ¿Recuerdas? Aquel carpintero que pinchaba en las paradas de autobús a las mujeres en el culo.

Antes de empezar a leer las diligencias, Javier Plaza echó un vistazo a las fotografías de la inspección ocular, numeradas y colocadas en un tétrico álbum. En la primera, un plano general que aparentemente estaba tomado desde la puerta de la habitación, se veía toda la estancia en orden y en el centro una cama de matrimonio con alguien dentro totalmente cubierto con una sábana. Al fondo se distinguía una puerta cerrada, que debía ser la del baño. En la siguiente foto, tomada algo más de cerca, se veía la cama con el cuerpo dentro. Pero la tercera ya era sin sábana.

Javier no pudo por menos que retirar la mirada al verla. El cuerpo era de una mujer joven, delgada y bien proporcionada. Estaba boca arriba y vestida con un camisón de tela bordado con puntillas en el escote, axilas y borde de la faldita, que le cubría los muslos. Sus piernas estiradas y juntas hasta los pies. Tenía las manos sobre el pecho como rezando, pero sus dedos aparecían arqueados y entrecruzados. Los cabellos eran rubios, algo rizados y sedosos, cortados a media melena y peinados con esmero.

En el cuello se observaba un moratón de unos tres milímetros que lo rodeaba entero y la cara era la más pura expresión del horror. La boca permanecía abierta con los labios amoratados, la nariz con las fosas nasales pegadas, los cachetes de la cara como chupados hacia dentro y los ojos en blanco casi vueltos del revés. Otras fotos de detalle del cadáver mostraban unos grandes moratones en los brazos, restos de hilo entre los dientes, y de piel y sangre entre las uñas.

Después Javier se detuvo en las fotografías del homicida. En la primera sólo se le veía la cabeza boca arriba dentro de la taza del váter, con los ojos abiertos y la lengua fuera, y el resto cubierto casi por completo con la cortina de plástico de la ducha. En las siguientes se veía el cinturón enrollado al cuello y atado en el otro extremo a la barra de la cortina. El hombre sólo llevaba unos calzoncillos blancos y en sus muslos mostraba los profundos arañazos que le había producido la víctima al defenderse.

Javier alzó la mirada pensativo y se cruzó con la de Isabelita, que en el otro extremo de la habitación pasaba a máquina el informe del loco del estilete. La funcionaria rompió el hielo.

—¿Qué? ¿Se te han ido las ganas de comer? —dijo sarcásticamente la policía.

—O sea, Isabelita, que después de matarla la acostó como si nada hubiera ocurrido.

—No sólo eso. Ahí lo puedes leer. La lavó, la peinó y no le cerró los ojos y la boca porque no pudo, que si no la hubiera dejado lista para meterla en el ataúd.

—Pero tú sabes que eso es un signo inequívoco de los homicidas que sienten amor por sus víctimas.

—Sí, así es.

—Entonces, ¿por qué la mató? Además, estaba embarazada y, al parecer, la mayor ilusión del hombre era ser padre.

—Ya, pero hay amores que matan. Qué sé yo. Igual el hijo no era suyo. Qué más da. Lo que está claro es que al hombre se le cruzaron los cables por lo que fuera y entonces le metió el condón por la cabeza hasta el cuello para asfixiarla. Como la goma estalló, le tapó la boca con un pañuelo para que no chillara y la estranguló ayudándose con el borde de goma que había quedado en el mismo cuello. Qué se yo, igual el hombre no había superado el complejo...

—¿Complejo?

—Bueno, ya sabes que a los ahorcados se le pone el pito tieso.

—¿Y?

—En las fotos no se ve porque tenía puestos los calzoncillos, pero en la autopsia...

—En la autopsia... ¿qué?

—Son cosas íntimas. Muy íntimas, que yo no te voy a contar. ¿Imagínate?

Javier volvió a mirar las fotos del cadáver del hombre en calzoncillos y vio como apenas se notaba la erección habitual en los ahorcados. Entonces se volvió hacia Isabelita y levantando la mano derecha separó unos cinco centímetros los dedos índice y pulgar al tiempo que arqueaba hacia arriba las cejas a modo de pregunta. Con un gesto de cabeza, la policía asintió, al tiempo que hacía un círculo con sus dedos, dando a entender a Javier que pequeña, pero de grueso calibre.

—Y el condón, ¿dónde está?

—¿El condón? Se lo debió de quitar después de matarla para lavar el cadáver. Al final lo tiró, junto a los otros que llevaban y el pañuelo que le metió en la boca, por el inodoro. Aparecieron al día siguiente gracias al atasco que se produjo en las cañerías. Puedes verlos en las otras fotos del informe anexo.

En la nueva serie de fotografías estaba el preservativo utilizado para el crimen. Estaba roto y parecía un anillo grande de goma dado de sí. También había otros once sin usar metidos en sus cápsulas, la caja de cartón que los había contenido y el celofán que la envasaba. La caja era blanca y rosa. En el anverso aparecía impresa una playa con palmeras, en letras de fantasía la palabra “Paraíso” y debajo el modelo “XXL”.

En otra fotografía había un trozo de tela blanca y cuadrada, en uno de cuyos extremos se apreciaba, entre la suciedad, que estaban bordadas las iniciales “A.A.” Era el pañuelo que el homicida había introducido en la boca de su víctima, uno igual al que había olvidado la madre en día anterior en la redacción y que sin saber por qué llevaba ahora en su gabardina.

Javier Plaza introdujo instintivamente su mano en el bolsillo donde guardaba el trapo, pero al tocarlo la retiró con asco y miró hacia Isabelita que seguía con su trabajo. El reportero no dijo nada y continuó mirando en el interior de la carpeta archivadora. Así fue como descubrió un sobre que estaba cerrado. Procedía del Instituto de Toxicología, donde los forenses habían enviado, tras la autopsia, los restos de vísceras y objetos utilizados en el crimen para analizar. La fecha era posterior a la del archivo del caso. Pensó que quizás por eso nadie se había molestado en abrirlo. Lo ocultó detrás de la misma carpeta, introdujo un dedo por una de las esquinas y al tiempo que forzó un sonoro estornudo rasgó el papel.

—¿Quieres un klínex? Yo también ando acatarrada con este tiempo revuelto que tenemos.

Isabelita hizo el ademán de levantarse para llevarle el pañuelo de papel. Javier sacó con desgana el pañuelo de la doble “A” de su bolsillo y, diciéndole que no era necesario, se lo llevó a la nariz y se sonó. Fue así como descubrió que la tela estaba perfumada con una colonia que le resultaba familiar, aunque por más que la olía no llegaba a acertar la causa.

Sin embargo, esta percepción se diluyó en Javier Plaza al leer el informe toxicológico, donde se ponía de manifiesto que aquel condón no era un simple condón y que si se había convertido en un arma asesina había un motivo. Javier pensó en guardarse el papel, pero al final lo metió en el sobre y cerró la carpeta. Se despidió apresuradamente de Isabelita con el pretexto de ir a comer y salió disparado a la calle. El reportero se sentía bien. Había obtenido una buena información y no le dolía la cabeza. Volvió a pasar por el Yenes y pensó en tomar algo, pero ahí seguía *el Bizco*, enganchado de nuevo a la barra. Así que decidió acelerar el paso para llegar a tiempo a casa Hortensia y comerse unas magras de jamón con tomate al estilo de su pueblo.

Una nevera portátil

Jueves, 26 de septiembre de 1985

16.00 horas.

Doña Otilia, como se referían a la mujer de negro en Valdepeñas, era respetada pero poco querida en el pueblo, donde poseía alguno de los mejores viñedos. Formaba parte de la familia de los *Melones*, apodados así por proceder del vecino pueblo de La Solana, que presumía de ser una de las capitales mundiales de la sabrosa fruta. Y Solana debía de ser el apellido de la mujer, pero ya cuando su padre fue inscrito en el registro civil de Valdepeñas, el funcionario hizo un rabillo tan chico de la “a” que parecía una “o” y así se quedó para siempre en Solano.

El respeto le venía porque su familia era descendiente de uno de los héroes del 6 de junio, que en 1808 se enfrentaron a los franceses en Bailén. Y lo poco querida por ser mujer arisca, más recta que la vía del tren y educada en la austeridad más absoluta. Tan sólo contaba con un hermano vivo, Desiderio, al haber fallecido los otros dos en la guerra, uno en el bando nacional, a causa de un disparo en la batalla de Brunete, y el otro en el bando rojo, por tuberculosis en el frente de Teruel. Desiderio era el más joven y por más que

había intentado tener un varón que mantuviera el apellido familiar, sólo tuvo hijas: cuatro, nada más y nada menos. Y porque la madre se plantó, que el muy bruto estaba dispuesto a seguir en el empeño.

Desde la muerte de Toñín y Micaela todo eran chismorreos en el pueblo. La familia no caía muy bien, por ser de las más pudientes, y quien más y quien menos torcía el morro cuando le preguntaban por el crimen y hablaba mal de doña Otilia. De ella decían de todo. Que ya de niña era insoportable y que por eso las pocas amigas que tenía lo eran por su dinero y por el trabajo que daba a los maridos. Que se había casado con el padre de Toñín, a pesar de ser de una familia con menos posibles que la suya, por despecho tras ser abandonada por su novio de toda la vida. Que cuando vivía el hombre lo traía por el camino de la amargura y que si se iba a trabajar los días de fiesta era porque no la soportaba.

Sobre la relación de la mujer con el hijo aseguraban que cuando nació Toñín lo llevaba vestido como si fuera una niña. Y sobre su nuera, que no la quería porque la habían abandonado al nacer; al final, decían, el muchacho consiguió doblegar la voluntad de su madre amenazándola con irse voluntario a hacer la mili, de la que se había librado por ser hijo de viuda.

En el fondo, todo el mundo culpaba a la mujer de negro del crimen. Como no conocían los pormenores, ya que tampoco se había publicado nada en el periódico de Ciudad Real, pero habían oído campanas, la versión más extendida era de lo más rocambolesca. Mantenía que el joven había matado a su mujer y después se había suicidado, desesperado al haber sido amenazado por su madre con desheredarlo y dejárselo todo a sus sobrinas si no se comprometía a hacerle al niño unas pruebas de paternidad cuando naciera.

“Y es que doña Otilia no se fiaba de su nuera al ser hija de madre desconocida”, comentaban con maldad. Algunos, incluso, llegaban a asegurar, como si hubieran estado presentes, que el crimen se había desencadenado tras una acalorada discusión entre Toñín y su madre, tras la cual el hijo y la nuera abandonaron apresuradamente la casa y se fueron a Madrid.

—Vaya pava. Esta debe ser como mi vieja, de comunión diaria pero que después la mata callando —comentó Pepa a Javier cuando se dirigían hacia la casa de doña Otilia.

—No te apures, que de lo que dice la gente uno no se puede fiar. Te habrás dado cuenta de que todos hablan con una envidia que no pueden disimular. Además, la familia para la que siempre trabajó Micaela antes de casarse y los amigos de la pareja no nos han dicho nada raro — contestó el reportero.

Las averiguaciones en el entorno de la pareja tampoco les habían ofrecido pistas sobre las circunstancias del crimen. Tanto Toñín como Micaela eran dos personas introvertidas que apenas hacían vida social. Se conocieron por casualidad un día en la panadería. A ella se le cayó una barra de pan y él se la sustituyó por una suya. A partir de entonces Toñín iba, siempre que podía, a la misma hora a encontrarse con ella. Así hasta que dos meses después le habló y empezaron a hacerse novios.

Amigos, lo que se dice amigos, no tenían. De niño Toñín era muy despierto y algo travieso, pero a partir de los doce años, coincidiendo con la muerte de su padre, empezó a retraerse y a separarse de sus amigos de infancia. Por su parte, ella siempre estaba encerrada en la casa de sus señores y la primera vez que salió fue a los veinte años cuando la invitó Toñín a tomar chocolate en las fiestas.

A la boda, de no ser por los jornaleros que contrataban para las tierras y sus familias, sólo habría asistido la escasa familia. Y si se casaron el día de la fiesta mayor del pueblo era por la devoción de la madre a la Virgen de la Consolación. Por ellos se habrían casado en la ermita, sin tantas alharacas.

Ya casados, tan sólo se les veía los domingos después de misa en el bar de la plaza tomando un vermú con calamares, pero sólo uno y a casa. Si salían preferían ir a Ciudad Real o a Madrid a ver algún espectáculo cómico o de variedades, que era lo que más les gustaba. El muchacho se pasaba el día trabajando en el campo y la muchacha en la casa con su suegra haciendo las labores domésticas o bordando pañitos.

La familia para la que trabajó Micaela desde los doce años, cuando salió del orfanato de Manzanares, tan sólo les supo decir que era una chica “muy buena y servicial, aunque algo callada” que nunca les ocasionó ningún problema, aunque tampoco se les veía unidos a ella.

—Hombre, algo raritos sí que eran, además cuando el río suena, chachi que agua lleva. A mí esa señora no me gusta. Ya te digo, me recuerda a mi madre —comentó Pepa.

—Por cierto, ya que hablas de tu madre, ¿qué tal con ella?
—cambió Javier de conversación.

La foterá torció el gesto y contestó con escepticismo:

—Hemos hecho las paces, si puede llamarse así. La verdad, desde que no vivo con ella ni con el santurrón ese con el que se ha casado, mucho mejor. Llego los domingos que llego a la hora de comer, y hola, adiós y nada más. Bueno, ese maldito dolor de tripa con el que siempre acabo.

Javier la miró extrañado. Por una vez, Pepa no había usado el chachi ni ninguna de sus extrañas palabras en una frase tan larga. Aunque al principio de conocerse la muchacha no quiso contarle nada, después de tantos reportajes juntos, el reportero ya conocía todos los traumas infantiles de la foterá. La muchacha era hija única y su madre, Dorotea, aunque era una beata que siempre tenía a Dios en la boca y el rosario en las manos, la maltrataba con severos castigos y palizas. En más de una ocasión faltó de ir al colegio de monjas donde estudiaba para que las compañeras no vieran los moratones que llevaba.

“Dora”, para la familia y amigos, también maltrataba al “inútil” de su marido, al que Pepa adoraba. Un bendito, al que la mujer no perdía ocasión para humillar en público y privado por ser “un simple chófer”. Al morir el hombre de una extraña enfermedad nunca diagnosticada, la madre se casó con su confesor y Pepa se convirtió en una pasota medio punki, asidua de la movida madrileña.

Un domingo, Pepa llegó a su casa con un tatuaje y le devolvió a su madre el bofetón que la mujer le había propinado al ver la media luna con forma de ojo de mujer y mirada de abanico que la foterá se había estampado en la espalda. La joven se fue y desde entonces vivía en una casa “okupa” de la calle Amparo, en el barrio de Lavapiés, a no más de doscientos metros de la buhardilla de Javier.

—¿Qué miras con esa cara pasmao? ¿Es que a ti nunca te ha dolido la barriga o qué?

—No nada, cosas mías.

—No, si tu también tienes lo tuyo con lo de tu viejo. Cualquier día te va a dar un yuyu que ni te vas a enterar.

Los problemas de Javier con su padre también eran bien conocidos por Pepa. Desde que terminó la carrera de periodismo y había decidido irse de su Jaca natal a Madrid a probar fortuna, el hombre no le hablaba, y su carácter se había vuelto más agrio si era posible.

Don Alfonso era el respetado propietario y director del minúsculo semanario de su pueblo, “el más antiguo de Aragón”, y toda su ilusión era que Javierito le sustituyera al frente de la publicación. El hombre tenía otros dos hijos, Alfonsito y Cristina, pero como a ninguno le había gustado estudiar, al chico lo tenía en la imprenta y a la chica en las cuentas.

Lo único que Pepa desconocía de Javier eran sus traumas. Y es que ni él mismo los conocía porque eran de índole psicológica. Sabía que no soportaba la sangre, sin saber él por qué; que había un libro, El lobo estepario, de Herman Hesse, que cada vez que se mencionaba le producía un escalofrío. Y sobre la dichosa pesadilla que le perseguía desde niño, de la que sólo recordaba una estación y un reloj y, ya de mayor, cada vez que se le empezaba a aparecer le producía grandes dolores de cabeza.

Tanto le obsesionaba esa pesadilla, que dormía siempre con una libreta y un lápiz para tratar de dibujarla. Pero en el último momento, a la hora de despertarse, a la pesadilla siempre se le solapaba otro sueño, relacionado con el caso que estaba investigando, que le ayudaba a esclarecerlo. Esto es lo que más le fascinaba a Pepa de Javier: sus “poderes”, como ella los llamaba, de los que ya había sido testigo en una ocasión. Concretamente, en el que se conoció como el "misterio de la llave perdida", el asesinato a hachazos de una mujer a manos de su marido porque le robaba comida. Un crimen que su compañero aclaró tras un sueño, seguido de la pesadilla, en el que vislumbró a un caballo fantasma.

—Venga Pepa, déjalo ya, que debe ser aquí —terminó la conversación el reportero, echándose la mano a la cabeza y haciendo una mueca de dolor.

La casa de Otilia Solano estaba en una de las calles aledañas a la plaza del Ayuntamiento. Se notaba que era una de las buenas del pueblo. La fachada estaba encalada hasta en los últimos recovecos. La puerta era de una madera gruesa y reluciente, en la que destacada una aldaba de bronce bien pulida, de esas que simulan una mano que sujeta una bola. A derecha e izquierda de la puerta sobresalían dos enormes rejas de perfil curvo por abajo y recto por arriba, que llegaban casi hasta el suelo. Detrás de ellas, sendos ventanales de la misma madera reluciente que la puerta, con persianas de tiras de madera enrollables por fuera y visillos blancos y lisos por dentro. Sobre la puerta se apreciaba un escudo familiar de piedra desgastado por el tiempo en el que apenas se distinguían unos laureles. Y más arriba, en la planta alta, una balconada en el centro, con rejas a juego, y dos ventanas a ambos lados.

Por dentro, la puerta principal daba paso a un amplio recibidor de paredes también blancas, suelos de barro cocido y zócalo pintado del mismo color. Sendas puertas en los flancos comunicaban con las habitaciones de los ventanales exteriores y al fondo un portón doble con cristales a media altura llevaba a un patio por el que se accedía al resto de la vivienda.

Todos los muebles de la casa eran de buena madera pero sin ornamentación. Lo que más destacaba era una infinidad de pañitos blancos bordados a bolillo o de macramé de todos los tamaños que se salpicaban por todas partes. Como estaban de luto, en la mesa del recibidor había una fotografía de los rostros de Toñín y Micaela. Se les veía sonriendo el día de su boda. La foto estaba cruzada por una cinta negra, debajo de la

cual había un libro de condolencias, por la primera página y con escasas firmas.

Doña Otilia recibió a Javier y Pepa en una salita de estar situada al fondo del patio. A la izquierda de la puerta había una vieja televisión apagada con un pañito encima y otra fotografía de Toñín y Micaela junto a una imagen de la Virgen de la Consolación y una Sierra encendida. Enfrente un sofá barato con un gran costurero del que sobresalía un nuevo pañito a medio hacer. En la esquina un sillón a juego donde permaneció muda todo el tiempo la abuela y junto a un ventanal una mesa camilla con cuatro sillas en las que tomaron asiento la mujer y los reporteros.

La mujer vestía el mismo luto riguroso que el día que visitó la redacción de El Caso, pero no derramó lágrima alguna durante toda la entrevista. Tampoco quiso que le hicieran fotografías, ni les facilitó la labor a Javier y Pepa. Su interés en saber por qué su hijo había matado a su mujer y se había suicidado había decaído y ya no quería que se publicara nada.

—He hablado con don Remigio y me ha dicho que va a hablar con el obispado para intentar arreglar lo de enterrar a mi Toñín en camposanto junto a su padre y Micaela. De paso, también repararemos el altar de los responsos del cementerio, que buena falta le hace. Por eso, sería mejor no remover el asunto —argumentó con tono serio.

—Pero nosotros somos periodistas y es nuestra obligación —matizó Plaza, confundido por el cambio de actitud de la mujer.

—Yo les puedo pagar por los gastos de venir hasta aquí y el tiempo que hayan perdido, pero no quiero que se publique nada —sentenció la mujer.

—¿Es que ha habido alguna novedad en estos días?

—Sólo que por fin mi Toñín va a poder descansar en paz donde debe, nada más. Si se publica algo se puede echar todo a perder. Es mi derecho y ustedes me disculparán pero no tengo nada más que decir —aseveró la mujer de negro levantándose de su silla—. Y ahora, por favor...—continuó, levantando la mano hacia la puerta.

No era la primera vez que algún familiar de una víctima o un asesino mantenía ante los reporteros de *El Caso* el supuesto derecho a que un crimen no se publicara. Javier se levantó, recogió su libreta y contestó con voz firme, mientras Pepa por detrás le tiraba de la gabardina:

—Mire señora, será su deseo, pero no su derecho. El derecho es el nuestro de publicar el crimen si lo consideramos oportuno. En este caso no impera el derecho a la intimidad, al tratarse de un delito público y encima un asesinato. Con su colaboración o sin ella, nosotros podemos publicar lo que queramos, siempre que sea cierto y no revelemos datos íntimos que sean innecesarios para la explicación de los hechos.

La mujer se encaminó sin abrir la boca hacia la puerta de la calle. Javier y Pepa la siguieron. Antes de despedirse, el reportero trató de apaciguar los tensos ánimos.

—Verá, doña Otilia, lo único que podemos hacer es retrasar la publicación del reportaje hasta que se haya producido la exhumación de los restos de su hijo. Además, yo quería entregarle algo que se le cayó el otro día en la redacción.

Javier sacó la fotografía que les había prestado en la redacción y el pañuelo con las iniciales “A.A.” bordadas que había perdido. La mujer, al cogerlo, derramó una lágrima y cambió de actitud.

—Era de mi Toñín. Le hice un juego de seis con distintos tipos de letra. No sabía donde lo había perdido, es el único que me queda. Muchas gracias, de corazón. No sabe la alegría que me ha dado. No sé cómo se lo podría agradecer.

—Señora, yo si quiere me comprometo a no publicar el reportaje hasta que se entierre el cuerpo de nuevo, pero usted debe avisarme. Además, en el pueblo todo son habladurías.

—Sí, ya lo sé. Dicen que lo iba a desheredar y todo eso. Pero contra eso sólo se puede luchar con la verdad. Y la verdad sólo la conoce Dios y Nuestra Señora. También dicen que yo no quería a Micaela. Pero si mi Toñín estaba perdidamente enamorado de ella. Si usted supiera lo que es perder a la persona que se ama por culpa de otros. Yo eso no lo haría nunca.

Javier recordó la historia que le acababan de contar en el pueblo sobre el novio que abandonó a la mujer, cuyas lágrimas denotaban que hablaba con cierta sinceridad.

—Cálmese —le dijo, mientras le acariciaba el brazo—, y no se preocupe, que le prometo que no vamos a publicar nada hasta que usted me llame. ¿De acuerdo?

—¿Seguro que no van a publicar nada hasta que pueda enterrar a mi Toñín como se merece?

—Seguro, le doy mi palabra.

—Está bien, yo también se lo prometo, pero por favor no remuevan más. Y, sobre todo, no vayan a la parroquia a ver a don Remigio. ¿Me lo prometen?

—Se lo prometo. Además, le diré que ya creo saber la causa por la que su hijo hizo lo que hizo.

—Sí, ¿por qué?

—Aún no se lo puedo decir. No hasta que lo confirme. Pero cuando lo haga no se tendrá que enterar leyéndolo. Usted llámeme.

—Está bien, se lo prometo, y muchas gracias por el pañuelo. Es usted un buen hombre. Algún día, Dios se lo premiará.

Javier volvió a echarse mano a la cabeza. La noche anterior había tenido que volver a echar mano de los porros para dormir y se notaba cansado. Apenas había probado los huevos con pisto que había pedido en el bar donde pararon a comer antes de visitar a la mujer de negro, y el dolor de cabeza volvía a aparecer. Para colmo, se había olvidado de nuevo las pastillas en la redacción.

—Joé, macho, ¡cómo te lo has montado! A veces es que eres demasiao —le dijo Pepa, con cierta admiración.

Al no obtener respuesta alguna del reportero, continuó:

—La has hablado como un leguleyo de esos estirados, con la toga reluciente y las puñetas en la bocamanga que, cuando los retrato en los juicios, ponen cara de escultura romana. Y después...Hasta yo me he creído que ya sabías por qué el pichachica ese había liquidado a la triste de su parienta. Porque no lo sabes, ¿o sí?

Javier siguió haciendo caso omiso a los comentarios que Pepa le hacía de camino al “buga”, como llamaba la foterá al Peugeot 205 que les suministraba la empresa para sus desplazamientos, un utilitario blanco de la época cuyo eslogan era “contigo, al fin del mundo”.

—¿Qué páiisa, tío? ¿No me estarás ocultando algo?
—preguntó a Javier, más pasota que nunca y algo enojada—. Eso no se hace, colegui. Ah..., ya...—prosiguió, tratando de picarle—, lo que paissa es que es cosa de tus poderes, que has soñado algo y te achantas la muí. Me río yo de tus poderes. Ya verás, se lo voy a largar a todo el mundo y menudo descojone que van a correr a tu costa...

—Venga, Pepa. ¡Déjalo ya! que tengo un dolor de coco que no quiero pensar en nada. Y, por favor, no hables así de esa pobre gente. Que no es nada de lo que piensas.

—Vaya hombre, ahora hasta se cree que puede adivinar lo que me rula por el tarro. No, si lo de tus poderes te va a acabar volviendo loco. Eso si no lo estás ya.

Javier vio una farmacia y le dijo a Pepa que le esperara un momento.

—Yo paso tío, dame las llaves del buga y no tardes que a las ocho he quedado con *la Moli* y unos troncos en *el Penta*.

La farmacia no abría hasta las cinco. Javier miró a través del cristal y vio a la dependienta que, al darse cuenta, se dirigió a la puerta, dio la vuelta al letrero de los horarios que colgaba y la abrió. El reportero entró y pidió una caja de paracetamol 600.

—No sé si me quedan. Igual las hay de mil miligramos. Voy a ver. Me he quedado con el traspaso hace unos días y no vea como estaba esto. Aspirinas sí, porque los anteriores eran de origen alemán y de la Bayer no les faltaba nada. Pero la verdad es que a pesar de todo el traspaso ha sido muy rápido y estoy muy contenta. ¿Usted no es de aquí, verdad?

—Estoy de paso.

—Yo tampoco, soy de Santa Cruz de la Mudela. La verdad es que he tenido mucha suerte. Acabo de terminar la carrera y conseguir una licencia para montar una farmacia por estos pueblos es muy difícil. No conceden nuevas. Además, me ha salido muy bien de precio y el alquiler es bastante bajo... Aquí están. De mil, como le decía, pero si quiere puede partir cada pastilla.

—No, si ya...

Cuando la chica fue a la caja registradora a cobrar, Javier observó que en la estantería de detrás había un expositor con preservativos de la marca “Paraíso”. Entonces le pidió una caja.

—Dicen que son muy buenos. Aquí soy la única que los vende. Ya sabe, en los pueblos hay farmacias que no venden ningún tipo de anticonceptivos. Pero yo estoy empezando y... además, de estos sí que me han dejado una buena provisión aunque, si quiere que le diga la verdad, es la primera caja que vendo. Así son setecientas pesetas, que con trescientas hacen mil. Tome, y... que los disfrute —concluyó la farmacéutica con picardía.

Ya estaba saliendo a la calle, cuando Javier regresó.

—Disculpe, podría darme un vaso de agua.

—Faltaría más.

La farmacéutica entró a la trastienda y poco después salió con una bandejita.

—Verá —le preguntó Javier mientras sacaba una pastilla del envase—, la verdad es que voy a Madrid y, aunque es cierto que tengo la cabeza a reventar, he parado en esta farmacia para saludar a los antiguos propietarios. Yo apenas los recuerdo, pero son viejos amigos de mis padres y como se enteren de que he pasado por aquí y no he parado son capaces de cualquier cosa.

—Viven aquí arriba, justo encima de la farmacia, pero tengo entendido que se vuelven a Argentina. No sé si estarán ya.

—Pero si yo también pensaba que eran alemanes...

—Sí, de origen. La mujer es la que llevaba la farmacia y nació en Argentina de padres alemanes, por eso casi no se le nota el acento; pero el hombre nació en Alemania, y se lo llevaron allá de pequeño. Él es ginecólogo y tenía la consulta también aquí arriba, en la misma casa.

—Muchas gracias, voy a ver si están. Ah —se volvió—, y suerte con el negocio.

—Gracias a usted. Se entra por la puerta de al lado. Si no están y los veo, ¿quiere que les diga algo?

—No: es una sorpresa. Y si no están mejor que no sepan nada. Pero gracias de todas formas.

La puerta de la calle estaba a la derecha de la farmacia, junto al escaparate. Sólo con empujarla se abría. A la derecha, un buzón de correos del que sobresalían varios ejemplares de una revista médica alemana, dirigidas a una tal Elisabeth Orsitsch. Javier anotó el nombre en su libreta y subió las escaleras, que estaban enfrente y terminaban en un descansillo con una puerta a la izquierda. Debajo de la mirilla, una placa

desgastada en la que ponía:” Doctor Ernesto Sierra”, y debajo: “Ginecólogo”

El reportero llamó al timbre. Poco después escuchó murmullos detrás de la puerta y presintió que alguien le observaba. Volvió a insistir y la puerta se entreabrió. Una mujer de mediana edad, ojos azules, rubia, con el pelo recogido atrás en un moño y gafas metálicas apretadas a la cara, asomó la cabeza.

—¿Sí?

—Buenas tardes. Soy periodista, y quería hablar con el doctor Sierra.

—¿Periodista? —dijo la mujer con extrañeza— Humm... Mi marido está ocupado, no creo que pueda atenderle.

—Es importante, es que estoy haciendo un reportaje y quiero ver si me puede ayudar.

—¿Un reportaje?

—Sí, un reportaje. Es mi trabajo.

—¿De qué periódico?

—*El Caso*, es un semanario especializado en crímenes.

—¿Crímenes? Espere un momento.

La mujer cerró la puerta, y al cabo de algunos minutos la volvió a entreabrir.

—Ya le dije, está ocupado y no puede atenderle. Adiós, buenas tardes —dijo tajantemente la mujer, que cerró la puerta sin esperar respuesta.

—Puedo esperar o venir más tarde si lo desean —añadió el reportero, alzando la voz para hacerse oír a través de la puerta.

Javier se volvió para irse, pero en el último momento oyó el tintineo de la mirilla e insistió con el timbre.

—¿Es que no me ha oído? Malditos espa...

La mujer no había terminado la frase cuando apareció un hombre que se presentó como el tal doctor Ernesto Sierra. Era un hombre regordete, de mediana edad, aspecto bonachón, también con gafas metálicas apretadas delante de unos minúsculos ojos grisáceos. En su cabeza destacaban sus ondulados cabellos plateados y una cuidada perilla del mismo color. Vestía un pantalón vaquero claro bien planchado, un niqui de cuello largo y, encima, una chaqueta de cuadros. En correcto castellano, pero cambiando las des por las jotas, remarcando la erre y con ese tono frío, severo y enérgico de los germanos, disculpó a la mujer y le pidió que le siguiera.

Cuando Javier vio la casa era evidente que se mudaban. Había cajas a medio cerrar por los pasillos y en las paredes se notaban los cercos de algunos cuadros descolgados. Le extrañó que el ajuar de la casa permaneciera intacto. Le dio la extraña impresión de que era como si se fueran apresuradamente, pero después pensó: “Claro, si se van a Argentina, no se van a llevar la tele y los ceniceros”.

Tras un corto pasillo con puertas a la derecha, el doctor abrió la del fondo donde le recibió. Era su despacho, que también mostraba señales de la mudanza. Entre unas cuatro o cinco cajas nuevas de cartón listas para cerrar, destacaba una vieja y gastada de madera pintada de gris. Al lado, una pequeña vitrina de metal y cristal con frascos medicinales en uno de los cuales estaba escrito con rotulador “b21”, varias jeringuillas y unas cajas de preservativos “Paraíso”. La

dependencia estaba partida por una puerta corrediza cristalera que daba a la sala de revisiones médicas. En el centro de la sala, delante de un ventanal traslúcido, sobresalía un sillón abatible parecido al de los dentistas pero con reposa piernas.

—Usted me dirá... ¿Qué le trae por aquí? —preguntó el doctor, quien, tras sentarse en su sillón, guardó discretamente en un cajón unos papeles que había sobre la mesa.

—Veo que se vuelven a Argentina, contestó Javier.

—Humm. Así es, ha fallecido un primo hermano de mi mujer, y tenemos que ir a hacernos cargo de su clínica. Pero no habrá venido para eso...

—No, claro.

Javier sacó la caja de preservativos “Paraíso” que acababa de comprar y, al mismo tiempo que se la mostraba al doctor y señalaba hacia la vitrina, le preguntó:

—Es por esto. Una caja igual a esta y a aquellas apareció en el escenario del crimen de una joven de aquí. Se llamaba Micaela Cruz Expósito. Vivía aquí cerca y fue asesinada por su marido. La estranguló en una pensión de Madrid, metiéndole uno de estos por la cabeza. Después, el hombre se suicidó. ¿La conocía?

Javier notó como el doctor se echó ligeramente hacia atrás y abrió los ojos en clara muestra de extrañeza. Al cabo de unos instantes, contestó:

—Como usted comprenderá, son muchas las féminas que acudían a mi consulta. Además, es el deber de un buen doctor no revelar la identidad de sus clientes. Usted que es periodista lo comprenderá.

—Puede tener garantizado que si me dice algo, quedará bajo secreto profesional.

—Ya le he dicho que no. Poj favor, no insista.

—Pero es que...

—No insista, joven.

El doctor se levantó e invitó a Javier a salir del despacho. Antes de hacerlo, el reportero se volvió y recurrió de nuevo al viejo truco del vaso de agua que siempre surtía efecto.

—Lo que no me negará es un vaso de agua. Tengo que tomarme una pastilla.

—Está bien, espere aquí.

Nada más salir el doctor por la puerta, Javier Plaza se dirigió hacia la caja de madera. Al levantar la tapa, lo primero que le sorprendió es que estaba dispuesta para ser clavada al revés y en que en la parte que originalmente debía ser la de arriba había pintada una extraña esvástica con forma circular. Dentro había, perfectamente anclado para su transporte, un recipiente con forma de tronco de cono de medio metro de diámetro de base, parecido a las neveras portátiles que los veterinarios de su pueblo llevaban para inseminar a las vacas. En la tapa superior del cono, cerrada a cal y canto, había un papel pegado en el que constaba: Führerbunker. 30/4/1845. Adolf Hitler.

A continuación, fue a la puerta, pegó la oreja y, al no oír pasos, se dirigió a ver qué había escondido el doctor Sierra tan disimuladamente en el cajón de la mesa de su despacho. Era una carpeta con dos pasaportes argentinos y diversos papeles. Al abrir los pasaportes observó que las fotografías de los dos correspondían al doctor, pero que uno estaba a nombre de

Ernesto Sierra González y el otro al de Karl W. Krafft Gerhard. También había una carta astral de Adolf Hitler, en la que figuraba el lugar y fecha de su nacimiento: Braumen (Austria), 20/4/1889 y otra prácticamente igual a nombre de Adolfo Cruz Expósito, Ciudad Juárez (México), 30/4/1986.

Javier revisó en su libreta la fecha que había anotado del interior de la caja de madera gris. “El mismo día pero del año que viene y el mismo nombre del dictador”, observó. Grapada a la carta astral de Adolfo Cruz Expósito había otra: correspondía a Micaela Cruz Expósito, Manzanares (Ciudad Real), 23/1/ 1959, en la que se añadían algunos datos sobre su raza y orígenes. Finalmente, la carpeta contenía lo que tenía el aspecto de ser un informe secreto del III Reich de cinco folios, redactado en alemán, firmado por un tal Karl E. Krafft, el mismo apellido que el alemán del supuesto doctor Sierra, y Joseph W. Mengele.

Tras anotar algunos datos, cuando estaba guardando su libreta y cerrando el cajón, Javier oyó el ruido de un cristal al caer al suelo. Era la mujer del doctor, que empezó a llamar a gritos a su marido mientras impedía que el reportero saliera de la habitación. Al llegar, la mujer le dijo en alemán que lo había sorprendido fisgando entre los papeles y el hombre sacó una pequeña pistola del bolsillo de su chaqueta con la que propinó un fuerte golpe en la cabeza al reportero, que cayó al suelo sin conocimiento.

Iguana roja y azul

Jueves, 26 de septiembre de 1985

17.30 horas.

Pepa ya estaba más que harta. Aunque no sabía cuánto tiempo llevaba encerrada en el coche esperando, porque ella no era “esclava del reloj”, su desesperación iba en aumento. Con el mosqueo que tenía con Javier, pensaba: “¿Dónde se habrá metido este pavo? Si supiera conducir, se iba a enterar”. Que no le hubiera enseñado a manejar un auto es lo único que le reprochaba a su padre, pero, como siempre, su madre se oponía. “Eso no son cosas de señoritas”, les decía.

Dando un portazo y cerrando de malos modos la puerta sin coger siquiera su equipo fotográfico, se encaminó hacia la farmacia.

—Buenas. Busco a un chico que ha entrado a comprar una caja de paracetamol. ¿Sabe dónde está? Le llevo esperando un buen rato y no llega.

La farmacéutica quedó asombrada ante los más que evidentes malos humos de Pepa. No comprendía nada. Dedujo que si el joven había comprado preservativos y le esperaba una

chica, era para usarlos con ella. Lo que no le entraba en la cabeza era el desencuentro.

—No te impacientes, que ya ha comprado todo lo que necesitaba —le contestó con complicidad a Pepa, que no entendía a que venía tanta ironía.

—Pero bueno, ¿dónde está? ¿Lo sabe?

—Creo que ha subido un momento a saludar a los señores de arriba. Es aquí al lado.

Pepa salió y, aunque la puerta seguía abierta, llamó desde el timbre de la calle y se alejó unos metros para ver si alguien se asomaba. Pero no. Tan sólo vio a una mujer que corrió una cortina, la miró y después la volvió a dejar como estaba. Pepa volvió a llamar al timbre con mayor insistencia. Al cabo de unos instantes, la puerta de arriba se abrió.

—Perdone. Busco a mi compañero. ¿Está ahí? —dijo Pepa desde abajo.

—¿Quién ha dicho que es?

—Soy reportera gráfica de El Caso y busco a mi compañero. Tenemos que irnos y creo que está ahí.

—Espere un momento...

Un minuto más tarde, la puerta de arriba se volvió a abrir y la misma mujer le dijo que subiera. Pepa subió las escaleras, pisando fuerte sobre los escalones con sus botazas punkis de suelas con tachuelas en la punta, para manifestar su enojo. La mujer le franqueó la puerta. Detrás estaba su marido. Nada más entrar, la cerró y ambos se abalanzaron sobre la foterá, que recibió también un fuerte golpe en la cabeza y cayó desmayada.

18.30 horas

Javier Plaza entreabrió los ojos al sentir una presión en la muñeca derecha. Al reportero le dolía la cabeza. La tenía como un tambor. Aún estaba medio inconsciente y la pesadilla que le atormentaba desde siempre estaba allí más entera que nunca. La estación, el reloj y él de niño delante de una barbería como las de las películas de vaqueros donde su padre esperaba que le afeitaran, sentado en un sillón y con la cara llena de espuma. El niño levantaba la mano... Y eso intentaba ahora Javier, pero no podía. Volvió a caer dormido.

Tan sólo unos minutos más tarde, una voz ronca medio despertó al reportero. Ahora de su inconsciente se evaporaba la imagen de una iguana de color rojo y azul. Estaba aturdido y tenía la cabeza como el bombo de una lavadora averiada.

Ya más despierto, pero haciéndose el dormido, comprendió que estaba atado de pies y manos al sillón de las revisiones ginecológicas del falso doctor Sierra. Apenas podía resistir los dolores. Como tenía la cabeza caída, abrió ligeramente los ojos. Entre las pestañas vio las piernas de dos hombres que tenía delante. En uno, que salió de su escaso ángulo de visión, destacaba su pantalón, que le quedaba excesivamente ancho y con una raya que parecía dibujada con tiralíneas y zapatos relucientes; el otro calzaba botas camperas. Por el rabillo, a la izquierda, en un rincón, vio las botas y piernas de Pepa, atadas a una silla. Asustado, dejó de mirar.

—¿Qué hacemos con estos?

—No sé, voy a hablar con el jefe antes de llamar al *Señor*, que con lo del *Nano* anda el patio muy revuelto —dijo al otro el de la voz ronca.

—Vale.

—Aquí Omega H-24 llamando a Omega Cero, responda, corto —añadió el ronco alejándose.

A Javier Plaza se le hizo un nudo en la garganta. *El Señor* era un medio aristócrata vividor que hacía trabajos sucios para la Policía y los servicios secretos con la connivencia de algunos jueces desde los tiempos del franquismo. A cambio no le perseguían cuando cometía alguna de sus millonarias estafas a bancos y grandes empresas, de las que siempre acababan por hacerse cargo las compañías de seguros.

El favor mejor pagado al *Señor* era hacer desaparecer a los delincuentes cuando a algún madero se le iba la mano en los interrogatorios. Se los llevaba a una de las fincas de caza de sus amigos de la nobleza y los enterraba en cal viva junto a los restos de aquellos animales que, cuando recibían el disparo de gracia, ya presentaban alguna enfermedad.

El Nano era uno de esos delincuentes. No mucho tiempo atrás, miles de delincuentes habían salido de la cárcel en libertad provisional tras la aplicación de una reforma ministerial por la cual nadie podía estar preso más de dos años sin juicio. Esto hizo que las calles se llenaran de camellos y atracadores adictos a la heroína.

Como los fondos reservados del Ministerio del Interior para el pago de informaciones estaban destinados casi en exclusiva a la lucha contra el terrorismo de ETA, algunos policías dejaban en libertad a los atracadores que detenían a cambio del botín para pagar a sus confidentes. Estos funcionarios terminaron corrompiéndose y crearon una mafia policial, con *el Nano* y otros delincuentes en su nómina. Pero un día *el Nano* se negó a revelar dónde estaba el producto de un atraco y ya nunca más se supo nada de él.

Javier Plaza conocía los rumores sobre la existencia del *Señor* y las investigaciones abiertas sobre *el Nano*, por la que varios policías estaban procesados, pero oficialmente se negaba todo. Como mucho, se decía que eran cosas del pasado, pero todavía nadie le ponía nombre y apellidos al misterioso personaje. Oír mencionarle en boca de aquellos hombres le confirmó que eran policías, que el misterioso *Señor* existía de verdad, que seguía en activo y, lo que era peor, que se barajaba la posibilidad de que Pepa y él cayeran en sus terribles manos.

Unos minutos después, que se le hicieron eternos, el reportero volvió a oír el ruido de los zapatos, que se aproximaba. Como le parecían policías por la forma de hablar, y sospechaba que el ronco era aquel con pinta de yonqui del que le había hablado el mancebo de la farmacia La Esfera de Madrid, pensó en dejar de disimular.

Pero, si eran policías ¿por qué les mantenían atados? No sabía qué hacer. La angustia le invadía. La boca se le secó, el estómago le había desaparecido y notaba que los esfínteres se le aflojaban. Pensó que su vida y la de su compañera corrían serio peligro. Sí, no; sí, no... Ni siquiera podía echarlo a cara o cruz. Conforme más dudaba, peor. Toda la fuerza que hacía para no llorar ni hacerse sus necesidades encima parecía vana... Cuando algo paralizó sus pensamientos: era el ruido de los tacones de los zapatos del ronco, que se acercaba. Volvió a medio entreabrir los ojos y allí estaba de nuevo, delante de él, junto al de las botas camperas.

—El sheriff dice que los dejemos vivos. Que después nadie les creará y como de la Brigada Omega no tienen ni puta idea...

Javier Plaza respiró tan tranquilo que hasta el ronco y su compañero lo notaron. Había hecho bien en hacerse el dormido, que aquellos extraños policías de la no menos extraña y misteriosa Brigada Omega no eran de fiar. Aunque, al fin y al cabo, lo que les había oído decir le suponía un gran alivio. No les iban a dejar en manos del *Señor*. No terminarían sus días abrasados en cal viva en algún olvidado terruño extremeño o andaluz propiedad de algún duque, conde o marqués.

—Pues venga, rápido, que este empieza a despertarse. Ya lo hago con una de las mías. Tú ve con la chica.

El reportero no sabía a qué se refería el de las botas camperas con eso de “una de las mías”. De nuevo un sudor frío empezó a embargarle. “¿Se referirá a una pistola?” se preguntó, a sabiendas de que los policías corruptos suelen llevar la reglamentaria y otra u otras por si acaso. Y ese “después” de la última frase del ronco... “Después ¿de qué? Otra vez volvió a dudar, como si se encontrara en un laberinto y tuviera que elegir entre dos caminos: decir que estaba despierto o seguir haciéndose el dormido. Sí, vivos, pero esos eran capaces de pegarles un tiro y llevarlos a un hospital como si se los hubieran encontrado por ahí tirados.

Pero si era así, para qué decir que estaba despierto. Además, hablar ahora podía hacerles cambiar de planes y que los mataran de verdad. Ya se sentía derrotado, esperando lo que fuera, cuando notó como le desataban el brazo derecho; le sacaban la manga de su chaqueta de espiguilla, le subían la de la camisa. Finalmente, sintió el incisivo pinchazo de una aguja. Le estaban poniendo una inyección. ¿Qué será? —se preguntaba... Ahora ya sí que no tenía sentido decir que se estaba haciendo el dormido. Fuera lo que fuera, la suerte estaba echada. Al persistente dolor de cabeza que padecía, se le sumó un mareo en el que notaba la cabeza como si la tuviera

en el ojo de un remolino al final del cual distinguía algo que se movía. Era la rojiazul iguana de antes, que ahora trepaba por un mástil, al final del cual ondeaba un pañuelo como el del hijo de la mujer de negro pero con las letras del frasco de medicinas del doctor Sierra bordadas junto a una esvástica circular.

Perfume evocador

Viernes, 27 de septiembre de 1985

04.00 horas

Afuera empezaba a lloviznar. Las gotas que caían sobre una de las claraboyas de la buhardilla de Javier se deslizaban serpenteantes formando surcos, como si fueran babosas. Cada vez que caía una, *Retales* trataba de atraparla con espasmódicos movimientos de su pata derecha. Armado de eterna paciencia lo intentaba una vez, otra, otra... Y así hasta que cualquiera se hubiera aburrido de llevar la cuenta. Cuando empezó a llover con más intensidad, como caían muchas lo intentaba con las dos patas. Parecía que fuera a enloquecer dentro de aquella oscuridad. Hasta que llovió tanto que todo el cristal se encharcó y ya no había gotas sino una persiana de agua.

Orgulloso de haber logrado espantar las gotas solitarias, el felino subió la cola, sorteó de un silencioso y preciso salto la Olivetti portátil de Javier y cruzó al otro lado del escritorio de pino. Saltó de nuevo a la mesilla y se quedó quieto unos instantes con la mirada fija hacia la puerta, hasta que terminó el prácticamente inaudible tintineo que hicieron las llaves del coche por el ligero movimiento del mueble. Después, con un

estudiado movimiento de patas, alcanzó la cama y tranquilamente pasó por encima de la cabeza del reportero sin rozarle. Bajó por la sábana y se acurrucó entre él y Pepa.

Retales llevaba cinco meses viviendo en la buhardilla de Javier. El reportero y su compañera habían tenido que ir de nuevo al pueblo de Granada donde tío Vicente había asesinado a su mujer por robarle los víveres que almacenaba en una cueva por si llegaba el fin del mundo. Como a veces tenían que tirarlos porque se ponían malos, la mujer se los llevaba a su hija, que atravesaba un mal momento. Pero el hombre, que había pasado el hambre de la guerra y el internamiento en un campo de concentración alemán, la sorprendió. En un ataque de locura, la mató a hachazos, después prendió fuego a la cueva, la cerró con llave y desapareció. Gracias a un caballo fantasma que vislumbró en un sueño, el reportero descubrió el cadáver del hombre, que se había arrojado a un pozo después de tragarse la llave.

El motivo del viaje era la reconstrucción de los hechos y, de paso, hacerle un reportaje a Borricas, un vecino que se había encerrado en otra cueva bajo llave para que volvieran sus hijas. Las gemelas se habían fugado al cumplir dieciocho años, hartas de ser conocidas como las hermanas borricas. El lugareño seguía en su voluntario cautiverio y no había quien le sacara de sus trece. Todos los vecinos trataban de convencerle porque las cuevas estaban declaradas de interés turístico y de la que ocupaba Borricas salía un hedor insoportable.

Javier y Pepa también intentaron convencerle, pero lograron el efecto contrario. Borricas se creyó una persona importante que iba a salir en los papeles y posó con orgullo para la foterá, agarrado a los barrotos y con cara de víctima inocente. Las fotografías de Pepa se vendieron en toda Europa. Y es que a aquel hombre mugriento y andrajoso, delgado como una espátula, con los ojos hundidos, la nariz aguileña y

una desaforada barba gris con la punta y algunas betas blancas que se mezclaba con sus desaliñados cabellos, era la imagen viva que muchos tenían sobre el horror nazi.

A *Retales* lo habían visto la primera vez que fueron al pueblo cuando se dirigían al cuartel de la Guardia Civil, donde el felino acudía al calor del motor de los coches que volvían de sus rondas matinales. En el segundo viaje no lo vieron pero, al llegar a Madrid, se apercibieron que se había colado subrepticamente en el coche. Al principio lo dejaron en la redacción, pero al cabo de unos días se volvió arisco al verse encerrado.

Leopoldo era un cocodrilo que el editor tenía en su despacho dentro de una pecera y que a veces, cuando se limpiaba su jaula de cristal, quedaba encerrado momentáneamente en el baño de hombres. En la puerta se colocaba con una chincheta un papel en el que se escribía a mano: “Ojo, cocodrilo”. Hecho que produjo numerosas anécdotas que Urbano se encargaba de relatar, sobre todo la de un viejo fiscal jubilado de los antiguos tribunales de orden público que estaba de visita porque quería escribir un libro y ante una urgente necesidad se tomó a broma el cartel. Al abrir la puerta y encontrarse las fauces del animal, erguido sobre sus patas traseras, el hombre salió corriendo hacia la calle haciéndose sus necesidades encima.

El caso es que *Retales*, que a pesar de ser muy listo y tener muy buena vista no sabía leer, uno de los días en que Leopoldo estaba dentro del baño entró por la ventana del patio. Al ver al reptil, le entró tal ataque de pánico que ya no quiso salir de la redacción. Fue entonces cuando Javier decidió llevárselo a la buhardilla y allí el gato volvió a ser feliz.

Cada vez que el reportero se ausentaba, le dejaba la claraboya del escritorio abierta y así podía salir por los tejados. Ni siquiera había que darle de comer y beber. El animal se buscaba la vida, saciando la sed en los canalones y el hambre cazando pajarillos que, eso sí, a veces se llevaba a la casa, y Javier encontraba por los rincones. Pero claro, aunque *Retales* era muy astuto no había forma de hacerle comprender que eso no estaba bien.

16.00 horas

La lluvia ya había amainado. Con los ojos aún cerrados, Pepa se estiró dentro de la cama. Aún no se había despertado del todo y se apercibió de que al lado estaba Javier, aún dormido, y que los dos estaban desnudos. Sobresaltada, irguió el cuerpo y se echó mano a la nuca, que aún le dolía del golpe recibido en la casa del falso doctor Sierra. Era lo último que recordaba.

La muchacha pensó que estaba soñando, y se restregó los ojos con fuerza. Pero no: ahí seguía Javier, durmiendo como un bebé. A pesar de que la cama era tan estrecha, su compañero ni se inmutó. No comprendía nada. Había dormido más de veinte horas y estaba muerta de hambre. Hizo un ademán de despertarlo, pero le dio lástima. Sabía de sus problemas con el sueño y se le veía profundamente dormido. Además ella necesitaba una ducha.

Pepa se sentó en la cama y se estiró. Tanto que hasta sintió una pequeña punzada sin importancia en el abdomen. *Retales* abrió ligeramente los ojos y los volvió a cerrar sin inmutarse. Cuando la muchacha se dirigía al baño observó que sobre la mesilla había una caja de preservativos abierta y uno fuera del precinto. Extrañada, se preguntó: “¿Para qué, si con mis

píldoras bastaría?” Buscó en su bolso y ahí las tenía, pero observó que no se había tomado la del día anterior. Se las llevó y dejó el bolso sobre el escritorio. Entonces vio una carpeta en la que ponía con rotulador: *Cuentos de Oniria*. Recordó que Javier le había contado alguno de esos relatos, a los que aún no había puesto punto final, y que ella siempre pensó que en sus páginas se encerraba el secreto de los poderes oníricos de reportero.

La muchacha conocía tres de ellos. Los de *El reino de Despertar* y *El Imperio de los Sueños* que, según le había contado Javier, empezó a inventarse su madre a los siete años para dormirlo cuando sufría altas fiebres a causa de una pulmonía; y que de hecho despertaron sus poderes. Otra vez le contó el titulado *El Océano de Neur*, que albergaba al monstruo de las pesadillas, y que fue el primero que escribió Javier a los diez años cuando pasó la varicela y por primera vez soñó con la estación y el reloj de sus tormentos.

Pero en la carpeta había otros dos de cuya existencia sólo conocía el primero: *La Isla de las Alucinaciones*, del que Javier le había contado un día tras fumarse unos porros, que había escrito a los catorce años cuando lo trataron con codeína para mitigar una fuerte tos que le aprisionaba los bronquios. Pero de *El Continente de los Sentidos* no sabía nada.

Pepa miró a su compañero e hizo el amago de empezar a leerlos, pero el hambre y la pereza le vencieron. Prefirió dejarlo para después de asaltar la nevera de Javier y darse una buena ducha.

17.30 horas

Sólo vestida con unas minúsculas braguitas negras que redondeaban aún más sus regordetas nalgas, aplastadas sobre

un taburete, y con el pelo aún humedecido, Pepa estaba absorta en la lectura de las escenas más eróticas de los *Cuentos de Oniria*. Ni siquiera se había apercebido de que la toalla se le había caído y dejado al descubierto sus pequeños pechos, que estaban más erizados que nunca cuando Javier se despertó sin que ella se diera cuenta.

El reportero tampoco se preguntó que hacían los dos allí. Acostumbrado como estaba a tantos dolores de cabeza, tampoco recordaba el que ahora le fustigaba, producto del golpe que le había propinado con una pistola el supuesto doctor Sierra. Al ver la firme espalda de la muchacha, enderezó tan suavemente su cuerpo para sentarse que *Retales* ni siquiera entreabrió los ojos. Por su cuerpo empezó a circular un hormigueo que le empezó a encoger los testículos y endurecer el pene.

Lo que más le excitó fue volver a ver la media luna con forma de ojo de mujer y mirada de abanico que la muchacha tenía tatuada en el centro de la espalda sobre los cachetes. Ya la había visto en otras muchas ocasiones cuando dejaba el dibujo al descubierto entre su pantalón y camisetas. Pero ahora, era como una invitación a contemplarla y de paso todo aquel joven cuerpo de piel tersa y fresca.

Tan penetrante era la mirada de Javier, que Pepa se sintió observada. Al ir a coger otro de los sándwiches de queso fresco con tomate que se había preparado y dejar los folios que estaba leyendo sobre la mesa, volvió la cabeza. No se dio cuenta de que mostraba a su compañero el pecho izquierdo...

—Que paisa, que tienes esa cara de bobalición. ¿Es que nunca has visto unas tetas? —dijo al apercebirse. Pues las hay mejores, pero estas son las mías. ¿Te molan? Chiquititas, pero chachis. Mira como se ponen, le dijo desafiante al tiempo que se apretaba un pezón.

Javier no sabía qué decir. Fue a salir de la cama bruscamente, pero al darse cuenta de que estaba desnudo y con una gran erección se echó atrás. *Retales*, asustado como si hubiera vuelto a ver a Leopoldo, se despertó y de un salto corrió a esconderse debajo del escritorio donde estaba Pepa. Hasta entonces, el reportero no reaccionó y se echó mano a la cabeza recordando todo lo ocurrido en la consulta del falso doctor Sierra.

—¿Qué hacemos aquí?

—Tú sabrás, tío. ¿Y eso que es? —le dijo Pepa, señalando los preservativos de la mesilla, mientras se tapaba con la toalla.

—Los compré en la farmacia y después subí a la consulta de arriba donde... Por cierto a ti también te vi atada. ¿Tú que hacías ahí?

—No, para, tú primero.

—Pues eso, que subí, hablé con el doctor y como me mosqueé le pedí un vaso. Entonces me pillaron husmeando y me golpearon con una pipa.

—¿Con una pipa de pum, pum? —gesticuló Pepa con los dedos.

—Sí, claro, de qué iba a ser. ¿Tú me viste?

—Qué va. Yo subí porque estaba cabreada de tanto esperar. Me abrió una tía y nada más entrar, zas, un ostión en el coco, no sé si con una pipa o con qué, pero me tumbaron. Y hasta ahora.

—¿Entonces no viste a los polis raros esos?

—¿Qué maderos?

—Los que nos salvaron.

—¿Que nos salvaron unos maderos? Y nos trajeron aquí en lugar de ir a la comisaria... Para, para, que yo esto no lo entiendo. Además, ¿Qué es eso de que me viste? O me lo cuentas bien, o paso.

Cuando Javier terminó de contarle con pelos y señales de lo que se acordaba, Pepa ya estaba sentada en la cama. Los dos permanecieron en silencio unos minutos. Ella mirando hacia fuera y él a ella.

—¿Y tú crees que debemos denunciarlo? —preguntó Pepa, volviendo a mirarle.

—Yo creo que mejor se lo contamos al director y a ver qué dice... Por cierto, ¿qué hacías leyendo mis cuentos? —cambió de tercio.

—Ah, los *Cuentos de Oniria*. Muy bonitos. Te habrás divertido mucho escribiéndolos —contestó con picardía.

—¿Los has leído todos?

—De los tres primeros ya me acordaba de cuando me los contaste en el segundo viaje al pueblo de tío Vicente. He leído los otros dos. Por cierto me ha molado cantidad el del *Continente de los Sentidos*. Muy sugerente. ¿Sabes? Seguro que lo escribiste en un momento muy...erótico —dijo Pepa, mientras se subía la toalla que se le había caído ligeramente y notaba como sus pezones se erizaban de nuevo.

—No, qué va. Debía de tener unos dieciocho años y estaba en la cama con paperas —contestó Javier, que no quiso confesarle que en realidad cuando los escribió estaba pensando

en una novia alemana con la que había mantenido su primera relación sexual tras abandonar a su novieta de pueblo.

—Ya, ya —continuó Pepa, que no se lo tragó.

—Que sí, que sí —prosiguió Javier, sin convencerla.

—Y, tío, ¿siempre escribes cuando estás chungo? Pues vaya full.

—Qué quieres que te diga, debe ser el único momento en que no tengo nada que hacer.

—Macho, entre tus cuentos y tus sueños eres más raro que el tío ese que se folla a la nevera que nos contó Urbano.

—No te pases tía, que a mí no me da por esas cosas.

—¿Seguro? —preguntó una Pepa retadora.

Javier se quedó en silencio con la mirada clavada en los ojos de Pepa. Notó que le volvía a bajar el hormigueo por el cuerpo y, al no resistir la mirada de Pepa, volvió la cabeza hacia la izquierda, tropezando la suya con los preservativos de encima de la mesilla.

—Y ahora, ¿qué hacemos? —dijo, volviendo a mirar a su compañera.

—No sé —contestó ella sugerente—. ¿A ti qué se te ocurre?

Javier no lo pensó más. Se enderezó y la besó en los labios. Ella los fue entreabriendo y las lenguas empezaron a fundirse como las de Ángelo y Anuska en El Continente de los Sentidos. Se abrazaron y empezaron a acariciarse. A Pepa se le cayó de nuevo la toalla y sus pechos suaves y turgentes quedaron a disposición de las manos que habían escrito

aquella historia. A continuación, la llevó hacia atrás para recostarla junto a él y empezó a besarla en el cuello. Fue entonces cuando algo hizo que Javier recordara completo el sueño de la iguana rojiazul y sintiera la imperiosa necesidad de hacer unos dibujos antes de que se le desvanecieran las imágenes.

—Perdona, ¿qué perfume llevas? —le dijo, mientras se levantaba nervioso y se dirigía hacia su chaqueta.

—¿A dónde vas? ¿Qué te pasa? ¿No me digas que es la primera vez?

—No, qué va, no es eso. Es que es el mismo que el del pañuelo del asesino.

—¿Cómo?

—Sí, el pañuelo que le devolví a la mujer de negro. ¿Recuerdas?

—Y ahora qué importa eso, ¿no lo puedes dejar para otro momento? —respondió Pepa, ofendida.

—No, perdona, de verdad —continuó Javier, tratando de disculparse—, el perfume no es lo que importa...

—Encima mi perfume no le importa —dijo Pepa, que se sentía desairada.

—No, no... No es eso. Es que me ha hecho recordar un sueño que tuve cuando estaba atado que tengo que dibujar antes de que se me vaya.

Pepa se levantó de la cama. Volvió a enrollarse la toalla y, con un cabreo que le iba en aumento por momentos, le dijo:

—Mira, pibe. El perfume es Nenuco, de niños. Tú deberías usarlo. Sirve tanto para niños, como para ni...ñas. Yo me lo pongo porque me lo regalaba mi padre. A saber si al asesino le pasaba lo mismo con su madre. Pero tú es que sigues siendo un niño que tienes que escribirte cuentos para recordar cuanto te dormía tu mamá por las noches.

Javier paró su frenética actividad al sentir la puñalada traperera de Pepa, pero al instante siguió buscando desesperadamente su libreta azul centauro en los bolsillos de su chaqueta. Al no encontrarla, después de revisarlos tres veces tiró la prenda de malos modos sobre la cama y se quedó de pie unos instantes.

—¿Y ahora qué te pasa?

—Esos cabrones de maderos o lo que fueran, que se han quedado con la libreta con las anotaciones de los documentos que vi en el despacho del supuesto doctor Sierra.

No había terminado de contestar a Pepa cuando salió disparado hacia el escritorio. Se sentó, buscó un folio de los que usaba para escribir sus cuentos y se puso a dibujar la iguana rojiazul trepando por un pañuelo como el del hijo parricida de la mujer de negro, pero con las iniciales “b21” y una esvástica circular.

A pesar del enorme enfado, a Pepa le picaba la curiosidad. Además, ya sabía por la experiencia del crimen de tío Vicente que cuando a Javier le daba un pronto de estos es que sus “poderes” se habían disparado.

—¿No estará la libreta en el coche? —preguntó, algo más colaboradora, la foterá. Si las llaves están aquí, eso quiere decir que también lo han traído. Tenemos que buscarlo. Además —exclamó, mirando por todos lados— ¡mi equipo

fotográfico! No está aquí; debe estar dentro del coche, y vale una pasta. No me lo vayan a robar.

Javier la miró, se acercó a ella y le dio un beso en la mejilla. Después, se vistieron con rapidez en silencio, prepararon otros sándwiches con lo que había en la nevera y bajaron a la calle. Nada más salir vieron el 205, que estaba aparcado justo frente al portal.

—Esto quiere decir que nos estaban vigilando. Si no, ¿cómo sabían cual era nuestro coche? —comentó Javier mientras lo abría y revisaba por todas partes sin encontrar la libreta por ninguna parte.

Pepa, tras mirar por encima de los asientos y el suelo, le dijo, con preocupación, que abriera el maletero para ver si estaba allí la bolsa con su equipo. Le había costado más de un cuarto de millón de pesetas, entre cámaras y objetivos, y aún lo estaba pagando. Perderlo era para ella una tragedia.

—Uff... —respiró tranquila al verlo.

La fotera lo revisó y sólo le faltaban los carretes, pero se los facilitaba la empresa, y las fotos que había hecho en Valdepeñas eran sólo de fachadas y no valían nada. Mientras, Javier rebuscaba por todas partes para ver si encontraba la libreta. Pero nada. Entonces se subió al coche y le dijo a Pepa: “Vamos”.

La muchacha subió al coche sin rechistar y mordió el último sándwich que les quedaba. Sabía que cuando Javier estaba bajo el influjo de sus “poderes” lo mejor era obedecerle. Ya tendría mejor ocasión para la venganza. Porque lo que le había hecho hacía un rato, cuando estaban a punto de acostarse juntos, con la de tiempo que ella lo llevaba deseando, no se lo podía perdonar.

El Doctor “K”

Viernes, 27 de septiembre de 1985

19.00 horas.

Isauro Castilla era un personaje indescrutable que, además, se empeñaba en serlo. Un día podía llevar bigote a lo Dalí y otro patillas a lo Curro Jiménez, o de perilla intelectual, o cualquier modelo de barba o peinado que viera en su enciclopedia de vidas ejemplares de personajes contemporáneos. Podía aparecer vestido de proletario con mono azul Bilbao, de jipi con vaqueros roídos y chaleco de cuero, de señorito con blazer azul y pantalones de lino blanco, o con cualquier nueva tendencia que viera en las revistas de moda, o en el metro, por marginal o elitista que fuera.

Decía que era para pasar desapercibido, pero muy pocos sabían por qué. No es que fuera detective privado. Era un republicano antifascista de nuevo cuño, que se había perdido la guerra porque era muy niño y había decidido hacer la suya particular para vengar a su padre, fusilado por los fascistas. Ni tenía coche, ni fumaba, para no beneficiar a las multinacionales. Sólo bebía licor de hierbas, del que regularmente le enviaba su madre desde su parroquia natal de Orense, donde la mujer gozaba de fama como meiga,

especializada en sanar con los vapores de la quemada el mal de la culebrilla y los herpes.

Isauro trabajaba de auxiliar en un juzgado de lo civil de la plaza de Castilla, donde era conocido como *Plastilla*, por lo pesado que era. Como era funcionario, no se lo podían quitar de encima. Siempre fue de lo más eficaz, pero cuando se convirtió en un espécimen tan raro dejaron de confiar en él y lo tenían escondido en un despacho poniendo sellos. Como le quedaba mucho tiempo libre andaba por los pasillos de los juzgados enterándose de todos los asuntos que se tramitaban. Por eso era una de las fuentes más extrañas, pero seguras, de *El Caso*. Además, como favor sólo pedía una suscripción gratuita a la publicación.

Javier le había conocido al poco de empezar a colaborar en el semanario. Un compañero le facilitó su número de teléfono para que le ayudara a buscar la declaración de una persona que había presentado una denuncia por injurias contra la publicación. Se había dado a entender su condición de homosexual. Fue entonces cuando el reportero se enteró de que, más allá de su porte extravagante, Isauro era colaborador de una red judía de caza de nazis fugados de Alemania al terminar la Segunda Guerra Mundial. Algo que muy pocos sabían, ni siquiera los jefes de *El Caso*, y de lo que Javier se enteró una tarde en la que vaciaron una botella de las de su madre.

Nunca se había casado y vivía solo en un enorme ático de renta antigua de la calle Huertas, rodeado de librerías cargadas de enciclopedias y colecciones de libros biográficos y de historia. El resto lo ocupaban interminables filas de archivadores metálicos, repletos de informes y dosieres de prensa, todos perfectamente identificados por nombre y apellidos y ordenados por orden alfabético.

Como su sueldo no le llegaba para pagar todas las suscripciones a periódicos y revistas que recibía, lo que hacía era alquilar varios apartados de correos y poner de titular de las suscripciones a empresas que habían presentado suspensión de pagos en su juzgado. Como forma de pago daba números de cuentas corrientes reales intervenidas. Cuando las publicaciones se cansaban de no cobrar, hacía una nueva suscripción a nombre de otra empresa y para recibir en otro apartado de correos. Y así sucesivamente.

—Tú no digas nada y déjame a mí, que ya te he dicho que es muy raro y no sé por dónde puede salir —le dijo Javier a Pepa antes de golpear la puerta con los nudillos, ya que el timbre no funcionaba.

Isauro no estaba acostumbrado a recibir visitas en su casa y primero observó por la mirilla, que era de esas del tamaño de una naranja y enrejada.

—Soy yo, Javier. Javier Plaza, de *El Caso* —se identificó el reportero situando la cabeza delante de la mirilla para que le reconociera.

—Hombre, Plaza, ¿qué te trae por aquí? —le dijo, tras abrir y ofrecerle la mano. Pasa, pasa. ¿Qué, otra vez os han denunciado? Si es que tenéis que tener cuidado. Si uno es marica, como si no, mientras no se haga daño a nadie, cada uno que sea lo que sea. Mira yo, que no me jalo un rosco desde que me dejó la Milagros y no voy por ahí pregonándolo. Que tenía alergia al papel, lo que le pasaba es que no aguantaba dos asaltos. Ahí va —se volvió— ¿Y esta chica tan mona quién es?

—Una compi, que ha venido a acompañarme, pero tranquilo que es de confianza.

Esta vez Isauro llevaba el pelo largo, hacia atrás, y perilla de chivo con bigote a lo Fu-manchú. Como estaba en su casa, iba vestido de normal. Aunque normal para él eran unos zuecos de madera y una bata larga de poliéster rojo con más lamparones que la camiseta de Sancho Panza.

Los condujo al salón, que utilizaba de despacho, donde varias montañas de recortes de prensa, pegados en papeles, ya clasificados, esperaban para ser archivados. Estaban sobre la mesa, compuesta por una tabla larga y dos caballetes, en la que también había otra montaña sólo recortada y más allá periódicos y revistas sin abrir. Javier y Pepa se quedaron asombrados.

—Es que últimamente estoy algo vago. La semana próxima me la cogeré de vacaciones y me pondré al día. Pero dime: ¿Qué os trae por aquí?

—Estoy investigando a un tal doctor Sierra, aunque creo que su verdadero nombre es alemán. ¿Te suena?

—Sierra, Sierra. No sé, son tantos nombres. Pero espera.... ¿Queréis tomar algo? Esta vez me ha enviado mi madre un licor que es néctar de los dioses. ¿No vais a probarlo?

—No gracias, llevamos un día que ni te cuento. Sólo nos faltaba eso.

Isauro se ausentó unos minutos y volvió con una carpeta llena de papeles y recortes.

—Ya decía yo que me sonaba, pero de Sierra nada de nada. Karl Wolfgang Krafft Gerhard. El primer nombre y primer apellido del que fuera astrólogo de Hitler, Karl Ernts Krafft, miembro destacado de la sociedad secreta Thule, de las que formaban parte gran número de jefes nazis. Y el segundo nombre y apellido el de la identidad falsa con la que fue

enterrado en Paraguay el doctor Joseph Mengele, el ángel de la muerte de Autschwitz. Lo que no se sabe es si alguno de ellos era su padre, ni quién era su madre. Desapareció tras ser denunciado por tráfico de bebés. Creo que vosotros también publicasteis algo hace tiempo. Aquí estarán los recortes.

—No recuerdo nada. Hará mucho tiempo y no estaría yo todavía en el periódico.

—No claro, hace ya unos cuantos años. ¿No habréis dado con él?

Javier titubeó. Isauro no soltaba la carpeta y estaba claro que quería saber el motivo de tanto interés por doctor Sierra.

—Que va. Es por otra cosa.

—¿No será por los Jinetes de Noé, la secta de la que era el mandamás y a la que también suministraba los bebés?

Javier y Pepa se miraron sorprendidos sin decir nada. De nuevo aparecían Los Jinetes de Noé, la secta milenarista por la que tío Vicente empezó a almacenar comida para cuando el mundo se acabara y por lo que a la larga acabó matando a su mujer y suicidándose. Según les dijo entonces el sargento Castro, la Guardia Civil la había desmantelado antes del crimen, a raíz de la denuncia de un empleado de banco cuya hermana y cuñado habían hipotecado la casa para entregar el dinero a la secta. Uno de los cabecillas había sido detenido, pero el cerebro había escapado. Ahora resulta que el cerebro era el supuesto doctor Sierra, que ahora resulta ser el falso doctor Sierra.

Javier reaccionó. El dato que le acababa de aportar Isauro le servía para despistarle y no decirle nada sobre su verdadera investigación.

—Está bien, Isauro, te lo voy a contar, pero no digas nada. Es una exclusiva nuestra.

—Eso no es necesario que me lo digas.

—Verás, el año pasado fuimos a un crimen en un pueblo de Granada y resulta que el origen del crimen estaba en que el asesino se había vuelto loco a raíz de leer un panfleto de la secta, aunque no formaba parte de ella. La historia la dejamos, pero hace poco volvimos al pueblo por otra historia y la Guardia Civil nos dijo que antes del crimen la secta había sido desarticulada, pero que el cerebro había escapado y era el tal doctor Sierra. Por eso lo estamos investigando.

—Sí, también hay un recorte sobre la desarticulación de la secta, pero muy poco. Sólo salió en un periódico local a media columna, concluyó Isauro, que se tragó las medias verdades de Javier y, por fin, le entregó la carpeta.

El reportero abrió el dossier y encontró varios recortes de prensa y un informe de una fundación judía dedicada a la persecución de nazis en el que figuraba un anexo. En los recortes sólo se hablaba del doctor Ernesto Sierra. Se decía que era un ginecólogo de origen argentino establecido en Madrid en los años sesenta, que había sido denunciado por tráfico y robo de niños.

El médico había logrado homologar su título y la residencia en España gracias a sus contactos con altos cargos del franquismo. Una vez aquí, también mediante influencias, obtuvo una licencia para fundar una clínica especializada en ginecología, que disponía de maternidad. Allí atendía por cantidades irrisorias a la mayoría de las prostitutas que ejercían su oficio en las calles de la Ballesta, Montera y de la Cruz, situadas en los alrededores del centro de la capital.

Cuando alguna de las prostitutas a las que atendía en su clínica se quedaba embarazada, el falso doctor le ofrecía dinero a cambio del bebé. Casi todas aceptaban. Entonces, internaba en una habitación a la futura madre y en otra a la pareja que, a cambio de una cantidad de dinero mucho mayor, se iban a convertir en padres de la noche al día. Lo siguiente era inscribir en el registro civil, a nombre de la madre biológica, una falsa defunción de su bebé por complicaciones en el parto; y al de los padres adoptantes el verdadero nacimiento.

Para que no quedara rastro alguno, en nombre de la madre, se contrataba un servicio fúnebre para enterrar al supuesto bebé fallecido. Cuando los funerarios llegaban a la clínica con la pequeña caja mortuoria se la entregaban al doctor. Este metía entre una sábana alguno de los fetos que guardaba en sus neveras, producto de abortos naturales o provocados, que también hacía, y la devolvía. Finalmente, los operarios enterraban el ataúd en las fosas comunes del cementerio.

“Cuánto le gustan las neveras a este doctor”, pensó el reportero, recordando la que había descubierto en su consulta de Valdepeñas dentro de aquella caja de madera gris con la esvástica circular y aquella fecha que había anotado en su libreta y no lograba recordar con exactitud. Recordaba que era en abril de 1943 y que coincidía con la carta astral de Adolfo Cruz Expósito, los apellidos de la asesinada Micaela. Pero no el día.

El reportero siguió leyendo los recortes. Así descubrió que las prácticas ilícitas del falso doctor Sierra y su modus operandi se descubrieron a raíz de la denuncia de una joven heroinómana que se había prostituido para pagar su adicción. La muchacha no quería dar en adopción al bebé, como se le había propuesto. Durante el parto la durmieron y después el

doctor le dijo que el bebé había muerto. Incluso le enseñaron un cadáver de un feto. Pero la chica no se fió y lo denunció.

Cuando la Policía registró la clínica, el doctor se había fugado y en un frigorífico donde conservaba medicinas y vísceras, encontraron el cadáver del feto. Como había hecho con la denunciante, el doctor lo usaba para engañar a las madres que se negaban a “vender” a sus bebés. Se lo mostraba a ellas o sus familiares y así las hacía creer que su recién nacido había fallecido.

—¿Nunca más se supo del falso doctor Sierra? —preguntó Javier a Isauro.

—Alguien le debió dar el chivatazo y desapareció. Tan sólo se encontraron algunos papeles sobre la secta Jinetes de Noé. Como ya la estaban investigando por una denuncia particular, registraron su sede, que estaba en un pueblo de Madrid donde tenían alquilado un castillo medieval. Detuvieron a un cabecilla, que era hermano de la mujer del doctor, pero fue puesto en libertad ya que a la hora de la verdad ningún miembro de la secta lo quiso denunciar. Se supone que volvieron todos a Argentina y el caso se archivó.

Javier continuó con la lectura del informe que sobre el falso doctor Sierra había elaborado la organización judía que perseguía a nazis fugitivos. Estaba el original, en hebreo y su traducción al castellano. Ésta constaba de cuatro folios mecanografiados, en los que se identificaba al falso doctor Sierra, como Ernsts Wolfgang Krafft Gerhard, nacido en Berlín en 1935 y residente desde 1949 en La Falda, un pueblo argentino situado en la provincia de Córdoba, en cuya ciudad se doctoró diez años más tarde en Medicina, rama de obstetricia.

El informe añadía que en La Falda se encontraba el hotel El Edén, un baluarte nazi durante la Segunda Guerra Mundial, donde se escondieron numerosos jerarcas que después se desperdigaron por diversos países sudamericanos. También se añadía un informe del FBI norteamericano con testimonios de algunos vecinos del pueblo que aseguraban haber visto a Hitler en persona en el hotel Edén después de la guerra, abonando la teoría de que en realidad el *Fürher* no se había suicidado en su bunker el 30 de abril de 1945.

¡Bingo! —pensó Javier, dejando de leer por unos instantes y levantando ligeramente la cabeza. La fecha era la misma que la de la nevera de la consulta y la del día y el mes de la carta astral de Adolfo Cruz Expósito. El reportero empezó a atar cabos.

—¿Algo interesante? —interrumpió sus meditaciones Isauro.

—No, todo es muy interesante, contestó con evasivas el reportero.

—¡Déjelo! —terció Pepa, aburrida y algo indisputada, que aprovechó la ocasión para irse, harta de aguantar las historias de Isauro—. Es que a veces es así.

Javier regresó al instante a la lectura del informe sobre el falso doctor Sierra. Después de terminar los estudios de ginecología, se trasladó a la ciudad de Buenos Aires, donde estableció una consulta privada y trabajó para unos laboratorios, cuya identidad no se facilitaba, en la investigación de fecundación asistida.

Durante esta etapa, también había sido colaborador de un espacio esotérico en una emisora de radio. Bajo el seudónimo de doctor “K”, elaboraba las castras astrales de los oyentes. También hablaba profusamente de todo tipo de profecías que

relacionaba entre sí, sobre todo la de los mayas, que había estudiado en sus reiterados viajes a México según la cual el 21 de diciembre de 2012 se iniciará una nueva era cósmica, que vendrá precedida de una serie de cataclismos naturales que amenazarán la vida en el planeta. “Lo que mantenían los Jinetes de Noé”, pensó Javier.

Aunque, tal y como le había dicho Isauro, no se confirmaba que el padre natural o adoptivo del falso doctor Sierra fuera un tal Karl Ernst Krafft, a éste se le dedicaba una parte del informe. Se afirmaba que era un astrólogo alemán que predijo el atentado contra Hitler del 8 de noviembre de 1939 en una cervecería de Múnich. A causa de esto fue sometido a severos interrogatorios por parte de la Gestapo, que lejos de creer en sus poderes pensaba que estaba implicado.

Al demostrarse su inocencia pasó al servicio del Ministerio de Propaganda, que dirigía el estrecho colaborador del *Führer*, Joseph Goebbels, y a convertirse en el astrólogo personal de Hitler. Entre sus misiones estaba la de realizar el horóscopo del dictador y descifrar las profecías de Nostradamus que le favorecían en la toma de sus decisiones.

Sin embargo, tras el nunca aclarado episodio del viaje de Rudolf Hess a Inglaterra, Karl E. Krafft cayó en desgracia y volvió a ser detenido. Pasó un año en prisión y después fue puesto al servicio del Ministerio de la Guerra para elaborar las cartas astrales de los generales nazis y aliados que eran tenidas en cuenta a la hora las batallas.

Pero el paso por prisión le había dejado secuelas psíquicas y predijo que el Ministerio de Propaganda sería destruido por bombas británicas. Se le consideró un enemigo del régimen y fue encarcelado de nuevo. Murió a los 44 años, pocos meses antes de terminar la guerra, cuando era trasladado al campo de concentración de Buchenwold.

En el informe también se hablaba de la estrecha relación de Krafft con las sociedades secretas Vril y Thule, cuyo distintivo era la misma esvástica circular que Javier Plaza había visto en la consulta del falso doctor Sierra en la caja de madera gris. De estas sociedades, se añadía, formaban parte los más destacados jerarcas nazis, con Hitler y Rudolf Hess incluidos. “Y mantenía las mismas teorías apocalípticas de los Jinetes de Noé del doctor Sierra”, pensó Javier. Curiosamente, se hacía una referencia a una dirigente de aquellas sectas, María Orsitsch, cuyo apellido coincidía con la mujer del falso doctor Sierra, con la que se había casado en Buenos Aires antes de llegar a España. Curiosamente, se añadía que a uno de los ayudantes de María Orsitsch se le vio abandonar el *Führerbunker* con una caja de madera gris con una esvástica de la sociedad poco antes del suicidio del dictador.

Javier siguió atando cabos y continuó leyendo el informe en el que se ponía de manifiesto la estrecha relación de Krafft con el doctor Mengele, el “ángel de la muerte” nazi. A éste, obsesionado con la clonación de seres humanos, se le había buscado por realizar experimentos con presos judíos en el campo de concentración de Auschwitz. Fue localizado en Buenos Aires, de donde consiguió huir de nuevo y murió en Paraguay, donde le enterraron con la identidad de Wolfgang Gerhard.

El informe detallaba que la verdadera causa de la caída en desgracia de Krafft podía encontrarse en que había elaborado una rocambolesca teoría, según la cual no era necesario continuar la guerra para extender el III Reich en el mundo. Que gracias a sus conocimientos de astrobiología y a los avances médicos del doctor Mengele, se podía inseminar artificialmente mujeres para que nacieran clones astrales del *Führer* que, antes del final del siglo XX, habrían conquistado el resto del planeta.

En el anexo al informe se detallaba como hacerlo. Lo primero era elegir los países a conquistar, que deberían ser líderes en sus continentes. Después, establecer los lugares de nacimiento de los *clonführer*, que deberían ser países fronterizos con aquellos. De esta manera las condiciones sociológicas de los futuros dictadores serían parecidas a las del Bremen natal de Hitler, en la frontera austro alemana. Después, la fecha, que debía coincidir con la de defunción del dictador, el 30 de abril, como si se tratara de una resurrección.

Una vez establecido esto, quedaba lo más difícil: encontrar por todo el mundo mujeres de raza aria que dispusieran de unas cartas astrales determinadas. Estas cartas, junto a la del dictador —que sería el donante en las inseminaciones—, unido al lugar y fecha del nacimiento establecido para cada futuro *clonführer*, tendría que dar lugar a una nueva carta astral de todos ellos, similar a la de Hitler.

Javier Plaza respiró profundamente al terminar de leer el anexo, que coincidía con lo que había visto en la consulta del doctor Sierra.

—Ahora sí te acepto un chupito —le dijo a Isauro, que estaba a punto de terminar una de las botellas de licor de su madre.

—¿Quieres que vaya a por otra?

—No, sólo un chupito.

—¿Te ha servido de algo?

—No sé, es muy interesante. De haberlo sabido cuando el crimen que te dije de tío Vicente aún, pero ahora no sé. Ya te lo diré.

—Salud.

—Salud.

Javier lo tenía todo claro sobre el doctor “K” y el secreto del condón asesino. Sólo le quedaba algo por saber.

—¿Te suena de algo Omega, o la Brigada Omega, o algo así?

—Fabricantes de relojes. Suizos, muy buenos por cierto, le respondió Isauro, que ya no coordinaba bien.

El reportero se despidió amablemente y se fue.

La Brigada Omega

Lunes, 30 de septiembre de 1985

11.00 horas

La redacción echaba chispas. Sentados frente a sus viejas *olivettis* de metal, todos los redactores de *El Caso* estrujaban sus cerebros para escupir los folios con la cosecha negra de la semana. El teclear permanente y desacompasado de las máquinas componía, junto a los periódicos golpes del carro al final de cada línea, una improvisada sinfonía que, como cada día de cierre, alimentaba la inspiración.

Allí estaban: el veterano Vicente, que, como si de un virtuoso violinista se tratara, acariciaba las teclas con la mirada fija en la partitura de sus pulcras notas tomadas durante el viaje a un pueblo de Valencia, donde se había detenido la celosa mujer del sargento de la policía municipal por intentar envenenarle al creer que se la pegaba con otra más joven y rolliza que ella; el no menos meticuloso Delfín, que acababa de llegar de Zamora para informar del caso de la tercera prostituta que había aparecido asesinada junto a la frontera de Portugal y pulsaba las teclas como un seguro trompetista; el *Charly*, que parecía percutir los timbales al mismo ritmo frenético con que la pareja de drogadictos protagonista de su

historia había asesinado en Madrid a puñaladas a una pariente empleada de hogar y a sus señores para robarles las joyas; Maripi, la becaria, que como una dulce flautista reelaboraba la crónica enviada por el corresponsal en Barcelona de un hombre que había matado a su mujer y ocultado en un armario; y Josele y Lilih, el pianista y la arpista solistas, el uno desmenuzando los juicios de la semana y la otra inventándose las predicciones del horóscopo.

Todos, excepto Javier que estaba con la moral por los suelos cuando llegó el director.

—Javier, ¿qué tal os fue el sábado?

Después de leer los informes sobre el doctor “K” en la casa de Isauro, el reportero había ido a la redacción a hablar con el director de *El Caso* que aquella tarde estaba enojado con Javier porque llevaba dos días sin saber de él ni de Pepa. Cuando le contó lo sucedido en la consulta del falso doctor Sierra y la historia completa del homicida del condón, la cosa cambió.

El director recordaba al ginecólogo de cuando fue denunciado por tráfico de bebés y a la secta Los Jinetes de Noé, aunque no sabía nada de su falsa identidad. Tampoco de sus vinculaciones con los jefes nazis escondidos en Sudamérica, ni mucho menos de sus experimentos para hacer clones astrales de Hitler.

Aunque le parecía de ciencia ficción, reconoció que toda la historia tenía sentido, dados los antecedentes fanáticos del personaje pero que, al margen de la carta astral de Micaela Cruz Expósito que Javier había visto en la consulta, no había prueba alguna que lo vinculara al homicida del condón. Si no la hallaba, no debía mencionar al falso doctor Sierra en el reportaje, que el director estaba dispuesto a colocar en portada.

Tampoco a los policías de la Brigada Omega que, esto sí, le parecía fruto del golpe recibido y ni siquiera Pepa había visto. Entonces decidieron que el reportero volvería al día siguiente a Valdepeñas acompañado de un amigo guardia civil antes de presentar denuncia alguna.

—Ni rastro del doctor y su mujer —contestó Javier. El propietario estaba en la casa, que sólo tenía los muebles, pero la consulta completamente vacía. De la caja gris y de los informes nada de nada. Por no estar, no estaba ni el letrero de la puerta.

—¿Qué os dijo el propietario?

—Que el viernes por la mañana le llamó alguien en nombre del doctor y le dijo que se habían tenido que ir antes de lo previsto y que dejaban las llaves debajo de la alfombra. Debieron irse de madrugada porque nadie les vio salir.

—¿Y bien?

—No sé.

—¿Presentaste la denuncia?

—Para qué.

—Bueno no te preocupes —le dijo el director tratando de subirle la moral—. Sólo con la historia del homicida del condón tienes una exclusiva cojonuda. Además, esas historias de nazis y experimentos para hacer clones astrales de Hitler por muchas pruebas que se tengan son demasiado fantásticas para parecer verdad. Hala, ponte a escribir y ya verás cuando mañana te empiecen a llamar de las radios por el exclusivón.

—Humm, es que hay otra cosa...

El director se enfadó tanto que parecía que iba a subirse por las paredes cuando Javier le contó el compromiso que había alcanzado con Otilia Solano: que le había dado su palabra a la mujer de negro de no publicar el reportaje hasta que se hubiera enterrado el cuerpo de su hijo en camposanto.

—¿Pero quién te has creído que eres tú? Mindundi, que eres un mindundi —le gritó—. Es que aún no has aprendido que los periodistas no nos debemos a las fuentes de información. Sobre todo si son parte interesada... Si quieres, ahora mismo la llamas, le dices que vas a publicar el reportaje y diga lo que diga, de todas, todas, te pones a escribir.

—No puede ser.

—¿Por qué?

—Porque ya lo he hecho. La he llamado hace un rato y la he tratado de convencer. Me ha dicho que no porque aún no sabe cuándo se va a proceder a la exhumación del cadáver, aunque cree que será pronto.

—Venga, seguro que es mañana y no te lo ha querido decir. Hazme caso. Ya verás como llevo razón... Y ponte a escribir, sí o sí.

Javier no contestó y empezó a notar un agujero en su estómago que aumentaba por momentos. El director conocía bien al reportero. Sabía que era aragonés y que cuando se le metía una cosa en la cabeza...

—Está bien. Tú verás lo que haces... Charly —volvió la cabeza el director—, ven al despacho que tu historia va a portada. Y tú, Javier como no tienes nada que hacer, aquí no te quiero ver... Y mañana no vengas. Te espero el miércoles. Esto no puede quedar así...

El reportero se sintió acribillado con la mirada de sus compañeros, que habían presenciado la trifulca. Pepa trató de convencerle de que escribiera el reportaje. Javier había aprendido la lección, pero su palabra era su palabra. Ya estaba saliendo por el vestíbulo de la publicación cuando Marisa le dijo que tenía una llamada telefónica de un tío muy raro. La telefonista, que había oído los gritos del director desde el pasillo, le dijo que no se preocupara que ya se le pasaría, y le dio los auriculares de la centralita.

Javier reconoció la voz inmediatamente, pero no dijo nada. Era el policía ronco, que quería informarle de algo importante. Se citaron media hora después en la cafetería Santander, a escasos doscientos metros de la redacción. El reportero hizo el amago de ir a comunicárselo al director, pero desistió. También pensó en avisar a Pepa para que le *robara* unas fotos al policía sin que se diera cuenta. Pero pensó que una cosa era no establecer compromisos con las fuentes y otra traicionarlas.

12.00 horas

Cuando llegó a la cafetería, el policía ronco hizo como que no conocía a nadie. Pero tenía que tratarse de él. Tenía el mismo aspecto demacrado y ojeroso que le había descrito el mancebo de la farmacia La Esfera, y unos pantalones con impecable raya en medio y zapatos lustrosos como él mismo había visto cuando, atado, se hacía el dormido en el sillón de revisiones ginecológicas del falso doctor Sierra.

—¿Javier Plaza?, se descubrió al fin.

—Sí, yo soy ¿Cuál es esa información tan importante que quiere darme?

—No tan rápido, chaval. Aunque para mí el tiempo pasa ya muy deprisa, aún me queda el suficiente como para tomarme un café.

El hombre llamó al camarero y pidió un café doble y una copa de Soberano.

—¿Quieres algo?

—No gracias, acabo de tomar uno con leche —contestó Javier, mientras cuidadosamente su interlocutor anónimo doblaba la gabardina por el forro y la dejaba sobre una silla.

—Haces bien, los excesos en la vida se pagan caros...

—No me habrá llamado para hacer de padre, porque ya tengo uno.

—Si lo sé, y que está enfermo también.

A Javier le intranquilizó el comentario. Hasta dónde podían haber investigado su vida. Al margen de su madre, sus hermanos y él, muy pocos sabían que su padre se estaba haciendo unas pruebas para detectar la causa de unos fuertes dolores de oído que sólo podía combatir a base de Valium. Él mismo se había enterado en la tarde del sábado cuando había llamado por teléfono a su madre.

—Tranquilo, chaval, que a los de la Brigada Omega no se nos escapa nada.

—¿La Brigada Omega?

—Sí, no te hagas el nuevo; que sabemos que lo sabes.

Javier repasó mentalmente las personas con las que había hablado sobre la Brigada Omega. Además de Pepa y el director, sólo podían ser Isauro o el guardia civil que les había

acompañado a Valdepeñas. Pero Isauro estaba ya medio borracho y el picoletto era de suma confianza de la casa.

—¡Turpín! —exclamó Javier en voz alta, al recordar que antes de hablar con su madre el sábado llamó al forense para preguntarle qué juzgado podía autorizar la exhumación del cadáver del homicida del condón y de paso le preguntó si sabía algo de una brigada policial denominada Omega.

—Muy bien, chaval, veo que no se te escapa una.

—Y a ustedes tampoco. ¿Desde cuándo me tienen pinchado el teléfono?

—Eso qué más da. Lo importante es que oficialmente vengo a advertirte de que te olvides de la Brigada Omega. Como publiques algo te puede costar la vida...

A Javier se le revolvió el estómago y se levantó de la silla con ánimo de irse.

—¿Es una amenaza?

—Tómalo como quieras, pero ten cuidado: en Omega no se andan con tonterías. Hay mucho en juego... Pero siéntate, que hay algo más.

—¿Qué más puede haber después de lo que me ha dicho?

—Tranquilo chaval, eso que te he contado es lo oficial, pero hay otra cosa que quiero que sepas.

—¿Pues usted dirá? —añadió Javier que volvió a sentarse.

—Aunque forme parte de Omega hay cosas que no me gustan y quiero que alguien sepa.

—¿Y por qué me lo va a contar?

—Porque como habrás observado no me queda mucho tiempo de vida y no me quiero ir a la tumba con la conciencia intranquila por haber sido miembro de Omega —se volvió el policía hacia la barra y pidió al camarero otra copa de Soberano.

—¿Y cómo sé que es usted de la Brigada Omega?

El policía sacó de un bolsillo de su chaqueta la libreta azul centauro de Javier y se la entregó.

—Ahora te lo crees.

El reportero repasó las hojas y vio que faltaban las notas que había tomado en la consulta del falso doctor Sierra.

—Faltan hojas.

—Y eso que más da. Lo que te voy a contar es mucho más importante.

—Pues desembuche ya de una vez.

—Presta atención, pero no anotes nada, y ten en cuenta que yo tampoco sé todo lo que hay detrás de Omega. Te voy a contar mi experiencia personal. No más. ¿De acuerdo?

—Está bien.

El policía se enjuagó la garganta con un trago de coñac y empezó a relatarle que hacía unos cinco años, cuando era inspector en la comisaría de Entrevías, le detectaron un tumor en la garganta durante una revisión médica de rutina. Le diagnosticaron cáncer y empezó la quimioterapia. Un día, al terminar la sesión, en la puerta del hospital le esperaban dos compañeros, a uno de los cuales conocía y al otro no. Sabían

todo lo que le pasaba y le hicieron una propuesta imposible de rechazar en aquellas circunstancias.

—¿De qué se trataba?

—Me dijeron que ellos estaban en la misma situación que yo, uno con cáncer de hígado y el otro de pulmón. Me propusieron formar parte de Omega. Yo les pregunté qué era eso. Me dijeron que una brigada especial compuesta por policías con enfermedades incurables a los que se les pagaba el tratamiento en las mejores clínicas privadas de España y en ocasiones del extranjero. También se les ofrecía un sobresueldo y el pago de un millonario seguro de vida para que cuando fallecieran sus familiares no pasaran penurias económicas.

—¿A cambio de qué?

—Ahí voy. A cambio, debería permanecer en mi destino habitual y cuando Omega me necesitara hacer servicios “especiales”.

—¿Cómo de especiales?

—Se trataba de combatir el crimen organizado allá donde la ley no llegara sin escatimar medios.

—¿Cualquier medio?

—Así es.

—¿Asesinatos incluidos?

—Nosotros lo llamábamos desapariciones filantrópicas.

—En resumidas cuentas, una banda policial de sicarios a los que no les importaba morir.

—No sólo eso. Algunos hasta buscaban la muerte. Mejor irse de un tiro que agonizando meses en la cama.

—¿Y quién la dirige?

—No vayas tan deprisa, que eso no lo sé. Y ahí está la cuestión. Al principio todos los servicios eran más que justificados. Criminales de todo tipo que se escondían bajo la tapadera de organizaciones legales e incluso gozaban de reconocimiento social. Les hacíamos desaparecer y dejábamos las pruebas para que la Justicia se encargara del resto. Pero a partir de un momento la cosa cambió y miembros de Omega como yo empezaron a dirigir las organizaciones criminales que se descabezaban.

—¿Cómo?

—Lo que oyes.

—O sea —recalcó Javier— que Omega es una red de organizaciones criminales dirigida por policías con enfermedades mortales y desahuciados por los médicos. ¿Sólo en España?

—Yo creo que no, pero a decir verdad lo desconozco.

—Y...bueno: ¿Quién la dirige?

—Ya te he dicho que no lo sé. Aunque en ocasiones coincido con otros miembros de la brigada, en realidad sólo conozco bien a mi pareja.

—Al de las camperas.

Javier se dio cuenta de que había metido la pata.

—¿Cómo? —exclamó el ronco, para acto seguido echarse mano a la garganta y torcer el labio en señal de dolor— Nos viste.

—¿Se encuentra mal? —le preguntó Javier.

El hombre negó con la cabeza y le hizo señas a Javier para que llamara al camarero.

—¿Otro coñac? —preguntó el camarero.

—No, un vaso de agua por favor —pidió el policía que, una vez repuesto continuó: ¿Cuándo fue?

—En la consulta. Abrí un momento los ojos y me volví a dormir. Después, no sé qué pasó.

—Os inyectamos un anestésico y os dejamos allí para que otros compañeros de Omega se encargaran de llevaros a tu buhardilla como si nada hubiera pasado.

—Pero, ¿cómo sabían que estábamos ahí?

—Os estábamos siguiendo.

—¿Y el falso doctor Sierra?

—Sabíamos todo lo que pasaba en la consulta porque habíamos puesto micrófonos.

—¿Desde cuándo lo vigilaban?

—Desde que conocimos sus planes hace ya unos cuantos meses.

—¿Cómo conocieron sus planes?

—Eso no lo sé.

—Que ha sido de él y de su mujer.

—Eso tampoco lo sé. Lo lógico hubiera sido hacerle desaparecer, pero recibimos órdenes de dejarlos dormidos dentro de un coche para que también se hicieran cargos otros omegas. Desde entonces ya no sé nada más.

—Pues nosotros aparecimos en mi casa y de la consulta ha desaparecido todo.

—Imagino. Es la técnica habitual.

—¿Y Turpín? ¿Qué pinta en todo esto?

—Turpín, pobre Turpín. En cierta ocasión murieron cinco policías en distintos enfrentamientos el mismo día contra una banda mafiosa, lo que se silenció para no crear inseguridad. Todos eran de Omega y Turpín al hacerle la autopsia descubrió que todos estaban muy enfermos. Sospechó y empezó a investigar, hasta que Omega se enteró y mandó a una pareja a hacerle una visita. El resto te lo puedes imaginar. Fue poco después cuando la brigada empezó a cambiar.

El policía miró su reloj, desdobló su gabardina, pidió la cuenta y le dijo a Javier Plaza que tenía que irse. Antes, el reportero le preguntó que sabía del asesinato de Toñín Cáceres. El ronco, se levantó y le dijo que mirara en las últimas hojas de su libreta.

El reportero la abrió y vio que era la transcripción de una conversación grabada. En la cabecera aparecía el nombre de Micaela Cruz Expósito y la fecha y hora del día en que fue asesinada. Sólo con echar un vistazo se comprobaba que era la discusión del homicida y su mujer en el momento del crimen. “O sea, que también tenían pinchada a la mujer”, pensó Javier.

—Gracias...Omega H-24 —dijo Javier al levantar la cabeza, pero se encontró que su confidente ya había desaparecido.

Javier Plaza cruzó la calle con dirección a la redacción para informar al director, pero cuando se encontraba en las escaleras la cabeza le empezó a hervir y se frenó en seco. Pensó que no debía subir. De la Brigada Omega no podía decir nada y del crimen tampoco porque había dado su palabra a la mujer de negro. Además, aquella transcripción estaba en una cuartilla que podía haber escrito cualquiera y si la publicaba podía poner en riesgo la vida de su confidente y, lo que era peor, la suya propia. "¿No sería esto, una muerte rápida a manos de sus jefes, lo que buscaba el ronco?" se preguntaba el reportero, que se sentía como el gatillo de un arma cargada. Pero un arma con dos cañones. Uno por delante y otro en la culata. Porque si lo publicaba lo que iba a conseguir eran dos sentencias de muerte: la del ronco y la suya propia. A Javier el estómago se le volvió a remover.

Empezaba a lloviznar. El reportero se subió la solapa de su gabardina y puso rumbo a la plaza de Santa Bárbara para meterse en el tubo, como Pepa llamaba al metro. Según se alejaba alzó la cabeza y miró de reojo a los ventanales de la redacción que daban a la calle. Allá dentro, se distinguía la silueta de sus compañeros que seguían concentrados ante sus viejas Olivettis de metal, dándole a la tecla y al carro cual orquesta de redactores en molto vivace.

Una noticia cruzada

Miércoles, 2 de octubre de 1985

12.00 horas

Urbano estaba más crecido que nunca. Hasta parecía un palmo más alto. Aspiraba el humo de su ducados y lo expulsaba hacia arriba con tanto ímpetu que parecía un volcán en plena erupción. No era para menos. Acababa de esclarecer el caso del hombre que se follaba a la nevera y se sentía orgulloso. Tan impecablemente vestido como siempre, su mano derecha sujetaba el cigarrillo y la izquierda la tenía depositada en el bolsillo de su chaleco al modo napoleónico, con el pulgar por fuera. Parecía un torero saludando al respetable después de una gran faena, rodeado de su cuadrilla que en este caso la formaban todos los redactores sin excepción. Incluso Javier Plaza, que aguardaba impaciente la llegada del director.

—¿Y cómo lo descubriste?

—Eso sí que fue una labor de fino espionaje, mezclado con dosis de elevada inteligencia y sobre la base de un sofisticado aparataje técnico.

—Venga Urbano, que esto no es una receta de cocina. Dispara —dijo Delfín.

—Pues ahí va. Como la mujer estaba impaciente por saber lo que pasaba con su marido desde que le vio con la puerta de la nevera abierta, con sus partes dentro y gimiendo de placer como cuando se acostaba con ella, me fui a ver a mi amigo el *Lupas*.

—¿El *Lupas*? —preguntó Pepa.

—Sí, Pepa, el *Lupas*, el mismo que fabricó la camarita de cartón con la que pudiste sacar fotos en el juicio de aquel político en el que no os dejaban entrar con las vuestras.

—¿Y qué pinta el *Lupas* en todo esto?

—Dejadme que siga y lo entenderéis...El caso es que el *Lupas* camufló una cámara silenciosa en un brick de leche.

—¿Descremada o entera? —interrumpió la *Chachi*, haciéndose la graciosa.

—Ya te vale Pepa, no interrumpas —terció Josele.

—Se trataba de una pregunta técnica, Joselito.

—Como os decía —continuó Urbano, que aprovechaba cualquier interrupción para echarle más misterio al relato—, el *Lupas* camufló una de esas cámaras que no hacen ruido en un brick de leche con un dispositivo que se accionaba al abrir la puerta y hacía fotos hasta que se acababa el carrete.

—¿Y?

—Que la mujer llevaba razón. En las fotos se veía todo.

—¿Todo? —preguntó Josele, con tanto interés que se ruborizó al sentir la mirada suspicaz de todos sus compañeros.

—*Chachi* que todo lo gordo, Joselito —continuó Pepa, que no se ruborizó en absoluto al ser mirada por sus compañeros.

—¿Pero qué cojones es lo que se veía? —cortó el *Charly*.

—Pues eso, los cojones. Y lo otro también. ¡Y cómo los tenía!

—A ver, después de lo que le había pasado —reflexionó con pena Josele.

—Vale, *chachi* que tenía los cojones como dos melones, pero ¿qué más pasó? —terció Pepa impaciente, ya que se había incorporado al relato justo después de que Urbano hubiera empezado.

—Total, que le pregunté a la mujer de dónde le decía el hombre que venía cuando pasaba esto. Me dijo que del gimnasio, como todos los días. Así que al día siguiente le seguí.

—¿Y...?

—Pues que me puse el chándal Adidas que me regaló la marquesa para acompañarla por la noche cuando la operaron de vesícula y le seguí. Efectivamente, fue al gimnasio. Allí era todos hombres y se puso a hacer flexiones, pesas y todo eso. Mientras, yo fui a los vestuarios a ver si podía fisgar entre sus cosas y... ¿a que no sabéis qué me encontré?

—¿Qué? —preguntaron la *Chachi* y Josele al tiempo.

—A un empleado del gimnasio, que sacó un bote de linimento y le echó en los calzoncillos. Yo me callé y el

hombre se vistió y cuando llegó a casa, pues hala... a la nevera. Imaginaros el escozor.

—¿Y no hiciste nada?

—Llamé a la mujer por teléfono y no le dije nada. Sólo que cuando su marido llegara si volvía a darle a la nevera me abriera la puerta, que estaría esperando. Así hizo, y le pillamos in fraganti.

—Pobrecito —suspiró Josele. ¿Y qué dijo?

—Se puso más rojo que el culo de un mandril. Decía que estaba muy preocupado porque no sabía lo que pasaba. Entonces yo le expliqué a él y a su mujer lo del empleado y al oler el calzoncillo lo comprendieron. Claro, como el hombre también se echaba linimento antes de vestirse no sospechaba por el olor.

—La mujer se debió de quedar helada —comentó Vicente.

—¿La mujer? En fin, esa parte no sé si contárosla.

—Venga Urbano, no seas cabrón que yo conozco muchas cosas tuyas que le gustaría saber a tu marquesita —le amenazó el Charly.

—Pues nada, que estaba tan arrepentida de sus sospechas que se lanzó llorando hacia el marido y, al grito de “pobrecito, mío; pobrecito mío”, empezó a besarle lo que os podéis imaginar. Después le decía: “y yo creyendo que eras un maniaco sexual, no te preocupes que mañana mismo compramos la nevera esa alemana que te gustaba”. Total que yo me tuve que salir de la cocina porque al hombre se le empezó a poner aquello descomunal.

—¡Qué barbaridad! —exclamó Josele, que acto seguido preguntó: ¿Y con el empleado que pasó?

—En el hospital. Cuando logró quitarse a la mujer de encima, el marido volvió de nuevo al gimnasio y le dio tal patada en los testículos que se lo tuvo que llevar una ambulancia.

—¡Que bestialidad! ¿Verdad, Joselito? —ironizó Pepa, que logró ruborizar de nuevo al redactor de tribunales.

—Ya os había dicho al principio que todo era fruto de una sobredosis de linimento en los genitales —enfaticó Urbano—, pero vosotros no os lo creáis.

—Está bien, Urbano, pero falta saber porqué el empleado le rociaba los calzoncillos —aseveró en voz alta Delfín.

—Eso no está claro. En el gimnasio dicen que llevaba un tiempo muy raro. Al parecer, estaba de novio con una masajista y sospechaba que se la pegaba con el hombre de la nevera.

—¿Y era verdad? —preguntó Delfín.

—Eso, amigos míos, queda bajo el secreto de sumario. Que uno es un caballero.

Los redactores se quedaron callados, Pepa incluida, esperando sin éxito que Urbano aclarara sus últimas palabras cuando sonó un teléfono. Era el de la mesa de Javier que, ante la insistencia, no tuvo más remedio que ir a atenderlo. Era Otilia Solano, que le informaba de que hacía una hora habían exhumado el cadáver de su hijo del cementerio civil y vuelto a inhumar en la zona católica, en la misma tumba donde descansaban desde hacía doce años los restos de su padre y se

habían sepultado el mes anterior los de mujer Micaela Cruz Expósito. Pero la noticia era otra.

—¿Cómo? —preguntó Javier.

—¿Y nadie sabe ni cómo ni cuándo fue? —volvió a preguntar el reportero a la mujer de negro.

Javier Plaza colgó poco después y se quedó meditando unos instantes. Le había ofrecido a Otilia Solano desplazarse a Valdepeñas para contarle las causas por las que su hijo había matado a su mujer y después se había suicidado. Pero la mujer le dijo que no quería saberlo. Que estaba convencida de que su hijo era inocente ya que para hacer lo que hizo tenía que estar preso de un ataque de locura por las causas que fueran. Y que las causas ya no le interesaban, porque “lo importante es que ya está con Dios”.

Ahora ya podía publicar el reportaje. Además, tenía una nueva noticia bomba sobre el caso que le acababa de contar la mujer de negro con la que, pensaba, volvería a ganarse la confianza del director, que acababa de entrar en la redacción con un despacho de teletipo en la mano. Lo que no sabía el reportero es que aquel despacho de la agencia Efe recogía otra noticia de mucha mayor envergadura que iba a sepultar la historia del condón asesino para siempre. El actor Rock Hudson, el galán del cine norteamericano que mantuvo oculto hasta el último momento su condición homosexual, fallecía de SIDA en su casa de Malibú.

La noticia estaba dando la vuelta al mundo y el director ordenó a sus redactores que se dispusieran para editar una edición especial monográfica del semanario. A pesar de haber nacido durante el régimen franquista, *El Caso* era un periódico comprometido socialmente con los nuevos tiempos democráticos. Y la muerte ejemplar del famoso actor era una

oportunidad para acabar con la homofobia social y de convertir al preservativo en el mejor arma para combatir la que se tenía como la peor plaga del siglo: el SIDA. Pero, claro, en estas condiciones salir a la calle con la historia del homicida del condón no era lo más apropiado. Mejor dejarla en la sombra.

—Javier —se le acercó el director—, estoy empezando a pensar que hay algo en ti que hasta equivocándote aciertas.

—¿Y eso?

—De buena nos hemos librado. ¿Te imaginas si hubiera sido nuestro fin.

—Pues no te he contado lo mejor.

—¿El qué?... Bueno, mejor no me lo digas. Ya para qué, no será la primera gran historia que se queda en un cajón.

—Eso quiere decir que me olvide para siempre.

El director apretó los dientes, asintió ligeramente con la cabeza y se dirigió a su despacho a planificar la edición extra. Antes de entrar, volvió la cabeza hacia Javier, agarró el tipómetro de la mesa del en maquetador y pensó: “Ese chico tiene algo”.

El orgasmo de Hitler

Miércoles, 2 de octubre de 1985

23.30 horas

Pepa salió de la ducha y se dispuso a comer su kebab de pollo con coca cola. Ahora le tocaba el turno a Javier, que puso su cabeza a remojo en agua fría durante un buen rato. Los dos estaban agotados. Habían pasado todo el día trabajando, él escribiendo sin parar y ella seleccionando fotografías en el archivo. Pero por fin la edición extra sobre la muerte de Rock Hudson se había cerrado. Como la fotería tenía cortada el agua en la casa okupa donde vivía, el reportero la había invitado a darse un duchazo en su buhardilla. Antes se habían pasado por el garito del turco a comprar algo de comida.

Cuando el reportero salió del baño, su compañera jugueteaba sentada en la cama con Retales, ofreciéndole un resto de pollo que el felino no podía alcanzar. A veces se lo acercaba y se lo alejaba con tan pasmosa tranquilidad, que la gata parecía ella.

—No le hagas de rabiar, no vaya a ser que te arañe —le dijo Javier mientras acomodaba su kebab de cordero para hincarle el diente.

—No serás tú como mi vieja, que piensa que con violencia se consigue todo.

—No seas tonta y dáselo ya, que sólo es un animal y le estás provocando.

Tras un nuevo amago, Pepa se apiadó y le dio la tira de pollo a Retales que fue a comérsela al escritorio, donde estaba la libreta azul centauro de Javier.

—Veo que al final la encontraste...

—Me la devolvió el policía ese de la Brigada Omega que me llamó el lunes.

Javier le había comentado por la mañana a Pepa la misteriosa entrevista que había mantenido dos días antes en la cafetería Santander, pero con el trajín de la edición extra no le había contado nada. Mientras daba cuenta de la comida, y entre trago y trago de su cerveza, le relató los pormenores de la misteriosa cita.

—Qué tenían pinchada a Micaela y tenemos la transcripción y nos tenemos que tragar la exclusiva.

—Así es. Está en un folio doblado al final de la libreta.

Pepa fue al escritorio, abrió la libreta, se sentó, y se puso a leer la transcripción:

Micrófono: Inalámbrico R-27 (en bolso)

Asunto: Ernesto Sierra *Objetivo:* Micaela Cruz Expósito

Voz de mujer: Micaela Cruz Expósito

Voz de Hombre: Antonio Argüelles Solano

01:36:24. (Micaela) Empiezan gemidos

01:39:40. (Antonio) Hum, déjalo ya...

01:41:10. (Micaela) Huy, pichurrín cómo se está poniendo hoy...

01:41:26. (Antonio) No me digas eso, déjala... que está igual que siempre. Déjame dormir.

01:42:10. (Micaela) Que no pichurritín, trae, tócatela tú y verás...

01:42:37. (Antonio) ... Pues igual que siempre. Vamos a dormir que mañana tenemos que volver pronto.

01:43:45. (Micaela) Más gemidos...

01:44:30. (Antonio) ¿Qué haces?

01:44:50. (Micaela) Tócame... ves como lo tengo yo, anda pichurrín...

01:45:20. Susurros ininteligibles.

01:45:53 (Antonio) Todas las noches igual. Me dijiste que si veníamos a Madrid hoy no lo haríamos.

01:46: 20 (Micaela) Ya, pero es que no puedo resistirlo. Es superior a mis fuerzas. No sé qué me pasa pero lo necesito. Porfa...

01:47:40 (Antonio) No sigas, sube, que eso no me gusta...

01:47:41 (Micaela) Te prometo que mañana no, pero es que nos lo hemos pasado tan bien... ¿Qué te cuesta?

01:48:12 (Antonio) También me lo prometiste ayer y ya sabes que después duermo mal. Todas las noches no puede ser...

01:48:50 (Micaela) Anda... si es un momento y se me pasa, ya lo sabes.

01:49:10 (Antonio) ¡He dicho que no!

01:49:30. (Micaela) Pero pichurrín, no me puedes dejar así. Mira, lo tengo aquí; así no te tienes que levantar.

01:50:10. (Antonio, cambiando el tono y aumentando el volumen de la voz) ¿Cómo? Lo tenías previsto. ¡Encima! Sabes que con eso puesto es para mí como si nada. Que no siento nada. Que es como si me... violaras. Si, como si me violaras y te rieras de mí. Y aunque la tenga pequeña soy un hombre.

01:50:21. (Micaela) Pero pichurrín no digas eso, que sabes que no es así. Que yo te quiero mucho y eres mi hombre, pero es que se me pone un algo por dentro, que no sé que es y no sé qué otra cosa hacer para que pase. Anda, hazlo por mí. ¿Qué te cuesta? Si quieres le hacemos un agujerito como cuando queríamos que me embarazara...

01:50:58. (Sonidos ininteligibles)

01:51:02. (Antonio con voz áspera) Embarazada, a saber de quién, pedazo de zorra. Ya me lo decía mi madre que no me fiara de una hija de, de...quién sabe de quién. Puta, que eres una puta insaciable. ¿Con cuántos has estado? ¿Estás segura de que yo soy padre...?

01:52:11. (Micaela, con voz temblorosa). Que no Antonio, te lo juro, que no he estado con ninguno. Sólo contigo. Yo te quiero, pero es que no sé lo que me pasa...

01:52:53. (Antonio, con voz cada vez más áspera). Yo sí sé lo que pasa. Que eres una puta zorra, que sólo quieres reírte de mí...

01:53:19. (Empieza forcejeo)

01:53:38. (Antonio) No quieres condón, pues toma yo te lo pongo, para que sientas lo que siento yo.

01:54:08. (Micaela) No, Antonio, no... ¿Qué haces? Quítame las rodillas de los brazos, me haces daño...

01:54:39. (Ruidos guturales, chirridos y chasquido)

—¿Qué es eso de ruidos guturales? —preguntó Pepa a Javier.

—¿Qué va a ser? Cuando la mujer se está asfixiando porque el hombre le ha metido el condón por la cabeza.

—¿Y los chirridos?

—No sé, supongo que de la cama por el forcejeo.

—Lo que no me podía imaginar es que un condón pudiera entrar por una cabeza.

—Pues sí, pero, claro, se rompió; de ahí el chasquido. Entonces le metió el pañuelo en la boca y la mató estrangulándola con el borde de goma del condón.

Pepa siguió leyendo. Sólo quedaba, justo después de terminarse los ruidos guturales, una referencia en que el hombre estallaba en un llanto que con, menor intensidad y al

final como gemidos de gato, se prolongaban durante quince minutos. Periodo de tiempo en los que también se reflejaban ruidos de agua y otros indescriptibles. Se supone de los movimientos del hombre cuando lavó y peinó el cadáver de su mujer. Y finalmente otro de la cadena del váter, cuando tiró los preservativos y los ruidos que produjeron cuando se rompió la barra de la ducha al intentar suicidarse y el golpe que le desnucó.

—¿Y cómo es que los de la Brigada Omega no actuaron cuando se estaba produciendo el crimen?

—Porque los pinchazos se graban, no se suelen escuchar en directo, eso sólo pasa en casos excepcionales. Lo habitual es grabarlos y escucharlos para transcribirlos más tarde.

Pepa cerró la libreta, no muy convencida del todo, y la dejó sobre la mesa del escritorio donde estaba el dibujo de la iguana rojiazul subiendo por el mástil en el que ondeaba el pañuelo del homicida convertido en bandera nazi y con las iniciales “b21”. El mismo que Javier hizo cuando el perfume Nenuco que ella usaba le recordó el sueño que tuvo en la consulta del falso doctor Sierra cuando estaba atado al sillón de reconocimientos ginecológicos.

—¿Y esto?

—Esto es lo que quería lograr el falso doctor Sierra, o mejor dicho el doctor “K”. Hacer un clon del Hitler que desde México, y la iguana es un símbolo nacional, estableciera el IV Reich en los Estados Unidos, aprovechando los supuestos cataclismos que, según la profecía maya en la que él creía a pies juntillas, se producirán con el cambio de era de su calendario el 21 de diciembre del 2012.

—¿Y por qué Micaela?

—Porque su carta astral coincidía exactamente con la de madre de Hitler. Sabiendo la fecha en la que quería que naciera, un 30 de abril, el doctor “K” debió elaborar numerosas cartas astrales de su supuesta madre. Pero esto le obligara que fueran mujeres que nacieran en determinados lugares y momentos, lo que era muy difícil de encontrar. Hasta que tropezó con Micaela, que reunía las condiciones. Además, era de raza aria.

—¿Aria?

—Sí, por eso era rubia y de ojos azules. Sus padres eran unos jipis suecos que vivieron en España y la abandonaron antes de volver a su país. El doctor “K” debía tener grandes contactos porque lo sabía todo de Micaela.

—¿Y qué crees que iba a hacer con ella?

—En la carta astral que vi en la consulta se decía que el niño iba a nacer el año que viene en Ciudad Juárez. Lo más probable es que el doctor “K” pensara extraerle el embrión y reimplantárselo a su mujer.

—Hum... Hay algo que no entiendo.

—¿El qué?

—Por qué esa necesidad de Micaela de usar condones si, además, estaba embarazada.

—Porque el doctor “K” no podía consentir que Micaela se quedara embarazada antes de que él la inseminara con el semen de Hitler. Para ello ideó algo que, curiosamente, a la larga fue lo que abortó su proyecto.

—¿Qué?

—No se le ocurrió otra cosa que impregnar por fuera los preservativos “Paraíso” con LSD. Así consiguió una dependencia sexual de la mujer, que no podía mantener relaciones íntimas con Toñín sin los condones.

—O sea, que ese es el secreto del condón asesino que se contemplaba en el informe del Instituto Toxicológico y que tu me ocultaste en Valdepeñas.

—Sí. Ya te dije que no lo tenía confirmado del todo, pero en la consulta del falso doctor Sierra había un frasco pequeño medio vacío en el que se leía “b21” escrito con rotulador sobre el cristal que me llamó la atención sin saber por qué. Ves, parecido a lo que aparece en mi dibujo. No sabía por qué, hasta que me di cuenta de que en realidad el frasco estaba dado la vuelta hacia la pared y el escrito yo en lo había visto por dentro a través del cristal, como en un espejo. Que el “uno” era una “e”, el “dos”, que era más pequeño, una “es” y la “b” una “d”. Total: LSD en minúsculas.

—En resumidas cuentas, que el pichachica ese del Toñín llevaba razón al sospechar que el niño que llevaba Micaela en sus entrañas no era suyo. Y la gente del pueblo al sospechar que su madre, que obviamente conocía el complejo de su hijo, le había malmetido. No, si ya te dije yo que esa vieja dejaba mucho que desear.

—Sí, quieres verlo así....

—Y que el drogacoños ese del doctor “K” puede andar vivo por ahí, en manos de esa misteriosa brigada de policías zombis llamada Omega.

—Y lo que aún no sabes.

—Ah, que aún hay cosas que me ocultas. ¡Vaya un compañero que me he echado!

—Para Pepa, que no he tenido tiempo de decírtelo.

—¿El qué?

—Esta mañana, cuando me llamó Otilia Solano.

—Sí, que te dijo que ya había conseguido enterrar a su hijito donde quería.

—No sólo eso.

—Ya vale, ¿qué más te dijo?

—¿Estás preparada para enterarte?

—Sí, hombre, no creo que sea tan grave.

—Grave no, pero es la leche.

—Vale, ¿qué?

—Que cuando abrieron la fosa del padre de Toñín y Micaela ¿sabes con lo que se encontraron?

—Que no estaba Micaela.

—¿Cómo lo sabías?

—No lo sabía, se me acaba de ocurrir. Debe ser que tus poderes son contagiosos. ¿De verdad que no estaba?

—Ella sí pero, pásmate, habían ultrajado el cadáver y se habían llevado el útero. Eso me dijo la mujer. .

—Joder, tío. Esto es la hostia. ¿Y quién ha podido ser? ¿Para qué?

—No tengo ni idea, pero para mí que es cosa de la Brigada Omega, que por lo que me dijo el ronco no es de fiar.

—¿Y no te dijo nada de esto el sábado?

—No. O no lo sabía, o se lo calló, o aún no habían reventado la tumba, o no han sido ellos. Quién sabe.

—Venga, no seas ingenuo. ¿Quién va a ser? ¿Qué se les habrá ocurrido ahora?

—A saber...

—Uf, se me ponen los pelos de punta, sólo con pensarlo.

—Pues mejor que no lo pienses.

—En fin, que lo único que tenemos claro es que antes de pirarse para el otro barrio, si es que suicidó porque una ya no sabe que pensar, lo último que se hizo Hitler fue un pajote. ¿O no?

—También se lo pudo hacer Eva Braun, ya que se suicidaron juntos.

—Hombre, eso estaría mejor. Podrías escribir un reportaje con el título: “Hitler, en el *Continente de los Sentidos*”

La conversación fue derivando hacia lo jocoso. Javier y Pepa cada vez se sentían más distendidos, riendo cada uno las tonterías con trasfondo sexual que se le ocurrían al otro. Pepa, sin ningún tipo de pudor, se puso de pié y empezó a escenificar ante Javier que era Eva Braun en el momento de la extracción del semen póstumo de Hitler....

—Adolfito, querido ¿pero qué haces? Así, directamente, no. Deja la nevera en paz y no metas dentro tu fùhrerpaja, que te vas a hacer mucho daño. Hay que ir por tiempos. Primero extraemos tu *fùhrersemen* y después sí lo metemos dentro.

Déjame a mí...Huy, que arrugadita la tienes. Se parece a la de Toñín. No te preocupes, será por el frío. Mírame...

Entonces, Pepa se subió aún más si cabe su pequeña falda de cuero y dejó caer uno de los tirantes de su camiseta negra, mostrando un hombro desnudo. Estampó su espalda y sus glúteos contra la puerta de la nevera de la buhardilla y, con la mirada firme hacia Javier, empezó a contornearse suavemente, mientras introducía una mano entre sus piernas y succionaba el dedo gordo de la otra.

El cuerpo de Javier empezó a electrizarse. Atraído por un magnetismo irresistible, en un momento en que ella cerró los ojos, se acercó y besó su hombro desnudo. La muchacha siguió el juego y con sus nalgas empezó a frotar los genitales de su compañero. Este notaba como su pene se erguía, buscando algo en medio de aquellos glúteos firmes y oscilantes. Sin darse la vuelta, Pepa introdujo su mano derecha en el pantalón del chándal de Javier. Javier empezó a chuparle el cuello...

—Uff, no te acerques más, que llevo Nenuco —le dijo Pepa, parando en seco su contorneo.

—Pepa, que no. Que aquello ya sabes por qué pasó...

—Además, qué hora será. Había olvidado que había quedado con la *Moli*.

—Pero, Pepa...

Javier no pudo decir nada más. En un santiamén, su compañera recogió su equipo fotográfico y salió a toda velocidad por la puerta.

Epílogo

Jueves, 3 de octubre de 1985

03.00 horas

Javier puso punto y final y sacó de la máquina el último folio de un nuevo episodio de los Cuentos de Oniria que acababa de escribir. Lo había empezado el sábado después de recibir la noticia de que su padre se encontraba enfermo. Siguió el lunes y el martes, ante la incertidumbre sobre su futuro en *El Caso*. En su papelera se agolpaban una docena de folios arrugados. Después de una nueva ducha de agua fría tras el calentón con Pepa, por fin había conseguido terminarlo. Se disponía a releerlo en la cama, donde *Retales* dormitaba plácidamente cuando sonó el timbre de la puerta.

—¿Sabía que te arrepentirías?

—No te enrolles, Charles Boyes, que no es lo crees. ¿Puedo?

Pepa no esperó respuesta y traspasó la puerta de la buhardilla. Dejó en el suelo su mochila y sobre una silla el equipo fotográfico. Ella se desplomó en otra.

—¿No te has enterado? Pues vaya periodista estás hecho, con la que se ha montado.

—No sé, he estado aquí escribiendo. ¿Qué ha pasado?

—Los gorilas esos de los antidisturbios, que nos han desalojado. Serán hijos de puta. Qué poco se atreven cuando pasa algo de verdad, pero con unos cuantos okupas pacifistas... Serán cobardes. Han pillado a todo el mundo durmiendo y los han sacado a palos medio desnudos. Serán hijos de puta.

—Tranqui, Pepa, tranqui.

—Es que no puedo con estas cosas. ¿Qué mal hacíamos? Menos mal que todo el barrio nos ha apoyado, aunque no sirva para nada.

—Tranquilízate, y cuéntame lo ocurrido. ¿Quieres un vaso de agua?

—Está bien, gracias.

—Pues mira. Yo había quedado con la *Moli* en la casa, no te creas que era rollo, aunque, eso sí, hacía ya un buen rato. El caso es que cuando llego me encuentro todo rodeado de antidisturbios, los vecinos increpándoles y la gente saliendo como podía. Algunas chicas sólo con las bragas puestas y sus ropas en una bolsa. No les dejaron vestirse, ni recoger nada más. Chorizos.

—Toma, bebe... ¿Sacaste fotos?

—Eso fue lo malo. Cuando saqué la cámara, se me acercó uno de los gorilas y me quitó el equipo. Le dije que era de El Caso y peor. Primero me llevaron a una pared, me quitaron la documentación y me obligaron de malos modos a sentarme en

el suelo. Después vi que uno hablaba por radio con no sé quién y al cabo de un rato me encerraron en una lechera.

—¿Te sacudieron?

—Sólo faltaba eso. Al principio empecé a chillar, pero uno que me custodiaba ni se inmutaba. Al cabo de dos horas o más llegó un teniente, me entregó el macuto con el equipo y me dijo que me podía ir. Será cabrón, encima me decía que lo habían hecho para protegerme. Yo le dije que eso era mentira, que los iba a denunciar por detención ilegal, que yo también vivía allí y que conocía a la gente. Que no era violenta. Entonces me amenazó diciéndome que si lo hacía ellos me denunciarían a mí por ocupación ilegal.

—¿Cómo conseguiste tu mochila?

—Cuando ya me iba. Estaban apilando en la calle todo lo que quedaba dentro. Vi la mochila y les dije que era mía. Me preguntaron si podía identificar lo que había dentro y me la dieron. Después, vi mi saco de dormir con otros más. Les dije que el mío era un plumas cojonudo que vi y que vale una pasta. No pusieron reparos. Total, para que se los queden ellos, me lo quedo yo y ellos el mío. Pedazo de chorizos con porra. Así que no sabía a dónde ir y vine para acá.

—Hiciste bien.

—¿No te importa que pase aquí la noche? Estoy molida. Mañana buscaré otro sitio, seguro que ya se ha ocupado otra casa, pero yo a estas horas ¿cómo me entero?

—No te preocupes, puedes quedarte todo el tiempo que quieras, ya nos apañaremos.

Pepa le dio un beso en la mejilla en señal de agradecimiento, se sentó en la cama y se quitó sus pesadas botas. Después se introdujo entre las sábanas sin molestar a *Retales* y una vez dentro se quitó la camiseta negra de tirantes y la falda de cuero que dejó en el suelo. En un pispás, cerró los ojos y cayó dormida profundamente. Javier la miró, se sentó en su escritorio, apagó la luz del techo, encendió el flexo y se dispuso a corregir a mano el episodio de los Cuentos de Oniria que acababa de escribir y había titulado *La Cordillera de las Obsesiones*

Cuentos de Oniria

*A*nuska, la zarina del imperio de los Sueños, y el caballero andante, convertidos por deseo de Morfeo en la costurera real de Despertar y en Ángelo el trovador, se dirigen hacia el Paraíso de Ix en busca de una aguja mágica para confeccionar la sábana de los dulces sueños y salvar a los hombres de la maldición de las pesadillas.

Acompañados de Fado, el mono con cara de conejo, y Cascanueces, el jilguero con alas de águila, han logrado escapar, gracias a la ayuda del fuego, del monstruo de las pesadillas, el único habitante del Océano de Neur, también conocido como "el de los Recuerdos Perdidos". A bordo de una canoa de cedro alcanzan las finas y doradas arenas de la playa de una isla de belleza sin par.

La Isla de las Alucinaciones

*E*ra la Isla de las Alucinaciones, donde se encuentran las exóticas plantas de los campos de Alucinaria. Las mismas plantas que un anciano sabio de Realía les había indicado que escondían en su interior la seda que debían extraer para tejer la maravillosa sábana de los dulces sueños.

Nada más ver las plantas, a Anuska se le apoderó una especie de delirio, un ansia por iniciar la recolección. Ni siquiera reparó en que Angelo empezaba a ser preso de un estado de melancolía que le hacía vagar cabizbajo de un lado hacia otro buscando algo que no encontraba.

El trovador echaba de menos su laúd. Aquel instrumento que ponía música a sus poemas. Lo había quemado para calentar las congeladas manos de la costurera cuando se encontraban en el vientre del monstruo de las pesadillas. La muchacha acababa de revivir el lejano día en que por un descuido mientras cosía su hermano pequeño se tragó una de sus agujas.

Ahora, en aquella isla, Angelo notaba que le faltaba algo. Que no era el mismo. Ver la euforia recolectora que invadía a su amada no le consolaba, sino que potenciaba su estado alicaído. Se sentía abandonado por su suerte.

Anuska recordaba bien las palabras del anciano. Sólo debía extraer la seda del interior del tallo, pero no impregnarse con el polen

de sus preciosas flores. Y así lo hizo. Pero cuando ya había guardado en su morral las suficientes para confeccionar la sábana de los dulces sueños se encontró con la más alta y hermosa de las plantas.

Aquel vegetal era como la reina madre de un panal de abejas. Pensó que si se llevaba algunas semillas siempre podría sentir la misma sensación dulce de felicidad que le otorgaba recolectar aquellas finas sedas. Y que si lo hacía con cuidado no tendría que impregnarse con la peligrosa esencia de sus pistilos.

Sin pensarlo dos veces, Anuska sacó de su morral la preciada cajita de los dedales que conservaba como un tesoro desde el día que, al ser nombrada costurera real del reino de Despertar, se la regalara su madre. La misma cajita que contenía el dedal de nácar donde había guardado la lágrima que Ángelo soltó al ver su laúd convertido en cenizas. La muchacha se dispuso a abrirla para usar los otros dedales y cortar la flor sin necesidad de tocarla cuando el revoloteo de Cascanueces hizo que su pequeño tesoro cayera al suelo.

Irremediablemente, el polen de la flor impregnó la piel de las suaves y delicadas manos de Anuska que a partir de entonces empezó a sentirse en estado de éxtasis y a sufrir grandes alucinaciones. Empezó a deambular de un lado a otro dando tumbos y oliendo las flores de todas las plantas.

Se veía a sí misma como si fuera Carol, la bella princesa del reino de Despertar, envuelta todo el día en la sábana de los dulces sueños y con la aguja mágica como cetro. Al trovador le había mandado hacer un laúd con un dedal gigante de nácar. Lo tenía todo el día dormitando en una hamaca dentro de una torre construida a base de piedras preciosas a la que sólo ella podía acceder. Y cuando lo hacía, usando su puntiagudo cetro a modo de batuta, se deleitaba con la música y los poemas de su amante mientras Fado y Cascanueces hacían piruetas terrestres y aéreas.

En sus alucinaciones, gobernaba el reino con la ayuda de la bruja Feaka, a la que había liberado del tarro de las esencias fétidas y la veía como una hermosa criatura a su servicio. La bruja había sustituido los antiguos campos dorados de trigo por otros repletos de aquellas plantas exóticas de Alucinaria, de cuyo polen se sustentaban todos los habitantes de Realía. Una ciudad en la que ya no era necesario trabajar y todos pasaban el tiempo holgazaneando y dedicándose a los placeres de la vida.

Con los ojos enrojecidos y la mirada perdida, Anuska alucinaba con su reino imaginario hasta que la invadió un estado de semiinconsciencia y cayó al suelo. Mientras tanto, Angelo se encontraba en la playa. Con sumo cuidado para no dañar la navegabilidad de la canoa de cedro que los había transportado allí, extraía algunas de las tablas para construirse un nuevo laúd, cuando fue advertido por Fado y Cascanueces del estado en el que hallaba la costurera.

Ángelo lo dejó todo y acudió en busca de su amada. Al verla de aquella manera, intentó reanimarla como pudo. Pero no lo consiguió. Anuska no hacía más que sonreír y no conseguía levantarse. Al mismo tiempo, su cuerpo se secaba, la piel se agrietaba y su lengua de estropajo denotaba que la invadía una inmensa sed. El trovador lamio con su lengua su rostro y sus labios hasta quedarse sin saliva, pero nada calmaba a la costurera, que se consumía por momentos.

El trovador ya no sabía qué hacer. En su desesperación, al ver como su amada se secaba, miró al cielo y vio una nube. Entonces recordó al anciano sabio de Realía que les había dicho que los elementos serían sus aliados en la búsqueda del Paraíso de Ix.

Al igual que cuando se hallaban dentro del monstruo de las pesadillas tratando de calentar las manos de Anuska con la madera de su laúd se hizo de repente el fuego, de aquella nube surgió un rayo que fue a parar a la playa. Se inició una tormenta torrencial cuyas aguas empezaron a despertar a la costurera de su letargo y a aliviar su sequedad.

Al verse reanimada, la muchacha no recordaba nada de lo que le había ocurrido. Palpó su morral y notó que estaba repleto de la seda que había recolectado, pero echó de menos la cajita de dedales, que había perdido. Quiso ir a buscarla, pero no pudo. No sabía nadar. Además, las aguas subían y un fuerte oleaje se hizo en la isla, que cada vez se hacía más y más pequeña.

Ángelo, Anuska, Fado y Cascanueces empezaron a ascender al pico más alto. Apenas les queda un metro de tierra alrededor de la cima que han alcanzado cuando una enorme ola se forma en el horizonte y empieza a aproximárseles. En uno de los sube y bajas, Ángelo vio como la canoa de cedro era presa de las llamas en medio del océano a causa de aquel rayo que desató la tormenta.

Ya lo daban todo por perdido cuando aquella enorme ola, que era de agua dulce, en lugar de engullirlos, los elevó a su cresta y los transportó flotando días y días, hasta depositarlos en el escarpado acantilado de una nueva tierra desconocida...

El Continente de los Sentidos

La nueva y desconocida tierra a la que llegaron *Ángelo* y *Anuska* procedentes de *Alucinaria* era el Continente de los Sentidos, el de las praderas vírgenes de *Orgasmia*. Un lugar donde el viento era tan suave y delicado al tacto que acariciaba la piel como terciopelo, el agua era néctar al paladar, los sonidos mecían el tímpano como música celestial, la luz y el color de su paisaje multicromático embriagaba la mirada y las fragancias más exóticas lo impregnaban todo con olor de rosas y jazmines.

Apenas habían pisado la pradera cuando una sensación que nunca antes habían experimentado se apoderó de ambos. Como si sus cuerpos se hubieran adueñado de su voluntad, se dispusieron uno frente al otro. Clavaron sus ojos. Las puntas de sus narices y sus lenguas se buscaron. Sus pechos se juntaron. Sus brazos y piernas se entrecruzaron. Y sus sexos se fundieron entre sí.

*Como si fueran un solo cuerpo, Anuska y Ángelo permanecieron rodando placenteramente por aquellas suaves laderas al albur de los sentidos, hasta que sus gemidos de placer despertaron a los habitantes de aquel lugar. Eran los hijos e hijas de *Hermes* y *Afrodita*, que los condujeron sin que ellos se dieran cuenta a *Orgasmia*, una especie de castillo formado por cientos de caracolas marinas de las más variopintas formas y colores.*

Como si de la mismísima Venus naciente se tratara, en la caracola principal se encontraba Carol, la bella princesa del reino del Despertar. Con los ojos cerrados, parecía dormida de pie sobre una hermosa concha. Desnuda desde los rizados cabellos azabaches hasta la punta de las sonrosadas uñas de los pies, su cuerpo evolucionaba sutilmente con ligeros movimientos de brazos y manos que parecían acariciar su propia piel. Su fino cuello de cisne y curvilíneas caderas se contorneaban realzando sus hermosas formas, mientras los muslos se frotaban entre sí dejando en ocasiones vislumbrar la profundidad de aquella contagiosa sensación que todos los habitantes de Orgasmia habían conocido cada noche hasta que la princesa entró en aquel trance, gracias al hechizo del hada Guapadule.

Un hechizo que se produjo cuando el trovador y la costurera se fugaron de Realia, donde la princesa había mantenido cautivo a Angelo para obligarle a casarse con ella. La pareja huyó al Imperio de los Sueños y Carol amenazó al hada Guapadule, que los había ayudado, con volver a meterla en el tarro de las esencias fétidas y sacar a la bruja Feaka para nombrarla hada oficial del Reino si no la dormía y la transportaba a Oniria.

Guapadule obedeció con desgana, ya que la princesa de Despertar estaba condenada a no soñar, como les había advertido su padre, el rey Imson. Pero en el último momento, el hada añadió nuevas palabras a su hechizo y transportó a su señora a Orgasmia, a la espera de la llegada de un príncipe azul que la despertara y la convirtiera en reina. Desde que la princesa había llegado en este estado de éxtasis, los habitantes de hijos de Hermes y Afrodita estaban condenados a no disfrutar de los placeres de la noche.

Eran conocedores de que sólo había una forma de que la bella hija del rey Insom despertara. Y esa manera era amarla como habían visto que Angelo amaba a Anuska. No como ellos, que sólo podían amarse

entre sí. Debía ser otro hombre quien se introdujera en sus sueños y despertase a su lado coronado como príncipe del reino de Despertar.

Sólo el trovador reunía los requisitos y los habitantes de Orgasmia no estaban dispuestos a pasar más noches en vela y sin placer. No les importaba que Anuska necesitara las trovas de Ángelo para cuando encontrara la aguja mágica y empezara a coser la sábana de los dulces sueños. Tampoco que Ángelo ya hubiera rechazado a la princesa Carol en una ocasión.

Prometiéndole un nuevo laúd a cambio de cantarles unas trovas nocturnas que paliaran sus sufrimientos, los habitantes de Hermafrodia lograron engañar al trovador. En el momento de brindar por el acuerdo alcanzado, introdujeron en la copa de Ángelo un brebaje compuesto por semillas hipnóticas y afrodisiacas que despertaron la libido del trovador y lo convirtieron en su ser obediente.

Aprovechando la ausencia del hada Guapadule, los hijos e hijas de Hermes condujeron a Ángelo a la caracola donde Carol permanecía en su particular estado de éxtasis. Nada más verla, el deseo le subió hasta el punto de anular totalmente su voluntad y hacerle olvidar sus sentimientos por Anuska.

Con sumo tacto de amante angelical, corrió delicadamente los velos de gasa que flotaban sobre la ardiente princesa y juntó sus labios a los de ella, su pecho a sus pechos, entrecruzó sus piernas a los ella y ya se disponía a fundir su sexo ardiente con el de princesa con lo que ella volvería a abrir los ojos, cuando Anuska llegó del cielo y lo arrebató de los brazos de la bella Carol.

De nuevo con la ayuda de los hechizos de Guapadule que, presintiendo lo que podía ocurrir con la llegada del trovador, había espionado a los hijos e hijas de Hermes y Afrodita y conocía sus planes, Anuska había construido un artificio volador. Con un telar que el

bada había puesto en sus diestras manos y las sedas recolectada en Alucinaria tejó una enorme vela de carabela. Después ató las cuatro esquinas a las del telar y, consciente de que los elementos eran sus aliados, pidió ayuda a Eolo, el dios del viento.

Cuando el aire empezó a soplar, se dirigió a buscar a Fado y a Cascanueces. Los dos se habían perdido en busca de placer por las verdes praderas del Continente de los Sentidos. Una vez con ellos en su poder, Anuska sobrevoló Orgasmia hasta la caracola de Carol, donde liberó a su amado trovador.

Y así fue como Anuska, Ángelo y las dos mascotas lograron abandonar por el aire las verdes praderas vírgenes del Continente de los Sentidos. Una vez pasado el límite, aparecieron ante sus ojos unas tierras áridas y sin vegetación, antesala de una serie de montañas tan altas que los picos nevados parecían tocar el cielo, que sobrevolaron hasta que el viento dejó de soplar.

un laberinto con escaleras heladas que subían y bajaban a otras cavidades más intrincadas si cabía de las que parecía imposible escapar.

Un laberinto oscuro y tenebroso que estaba iluminado por los millares de haces de luz, procedente del cráter del volcán por el que habían caído, y que reflejados por el hielo se entrecruzaban entre sí en todas las direcciones. Por mucho que Anuska llamaba a Ángelo y Ángelo a Anuska, sólo recibían como respuesta el eco de sus propios gritos, que retumbaban ensordecedoramente hasta la locura por aquellos pasillos de hielo.

Aquel lugar era el Laberinto de las Dudas del volcán de Sonambulia, que estaba habitado por unos extraños personajes que caminaban dormidos, con los ojos abiertos y las manos estiradas hacia el frente. Había niños y también adultos y ancianos.

Cuando aparecían detrás de algún bloque puntiagudo de hielo daban miedo. Se dirigían con decisión hacia Anuska y Fado, o hacia Ángelo y Cascanueces, hasta que, en el último momento, cuando parecía que iban a atraparlos, torcían su camino hasta desaparecer detrás de otro bloque puntiagudo de hielo. Parecía que, al igual ellos, estuvieran buscando la salida de aquella cueva maldita.

Aunque aquellos seres de aspecto humano eran inofensivos, ni la costurera y el mono con cara de conejo, ni el trovador y el jilguero con alas de águila se acostumbraban a sus repentinas apariciones. Cada uno por su lado, como si fueran la imagen de un espejo, empezaron a obsesionarse al igual con la idea de que alguno de esos seres torcería su camino y les atraparía. Entonces les entró pánico y se escondieron en un rincón.

Permanecieron escondidos hasta que el miedo y el frío les hicieron desistir. Entonces decidieron seguirlos, para ver si de esta manera encontraban la salida de aquel lugar. Pero por más que seguían a unos

Naturaleza serían sus aliados por una sola vez en su búsqueda del Paraíso de Ix. El fuego les había salvado del monstruo de las pesadillas que habitaba en el Océano de Neur, el agua de la Isla de las Alucinaciones y el aire del Continente de los Sentidos. Faltaba la tierra. Como si fueran seres guiados por la misma voluntad, cada uno reflejo del otro, con sus uñas lograron agarrar un puñado de la helada tierra que tenían bajo sus cuerpos.

La tierra oyó la desesperada llamada. De repente, todo empezó a rugir y a temblar. Al temblor siguió un intenso calor que derritió los muros helados de aquel laberinto subterráneo y aquella gruta que les parecía enorme se convirtió en una pequeña cueva en la que casi podían tocar sus paredes opuestas poniendo los brazos en cruz. Y allí estaban los dos de nuevo. Juntos. Con sus mascotas. A un metro escaso entre sí, la misma distancia a la que habían permanecido aquellos días con sus noches y que a ellos les había parecido infinitos. El elemento tierra les daba la oportunidad de volver a estar juntos aunque, pensaban, fuera para morir dentro de aquella cavidad.

Pero a Anuska y a Ángelo, a Ángelo y a Anuska, no les había llegado aún la hora de su último aliento. Cuando a duras penas trataban de abrazarse se apercibieron de que entre ellos había algo que brillaba con luz propia y había brotado de la tierra. Era la cajita de los dedales de la costurera. Con sumo cuidado, ella la abrió y extrajo el dedal de nácar. Pero éste, como si tuviera vida, dejó caer sobre la tierra la lágrima de Ángelo que conservaba en su interior. Y allí donde cayó, creció una raíz retorcida de jara milenaria con forma de media luna y hueca por dentro.

Ángelo la desprendió con delicadeza de la tierra y entre ambos extremos, aprovechando los nudos, ató sus cuerdas. Cuando hubo concluido, las acarició y del instrumento, entre lira y laúd, salió tal son que un trozo de pared de la cueva se derrumbó. Ante los ojos estupefactos del trovador y la costurera y sus dos mascotas apareció a lo

Próxima entrega
de la trilogía “Los casos de Javier Plaza,
el hombre que aprendió a soñar”

Una historia desorbitada

En la tercera entrega, Javier Plaza se enfrentará a un refinado asesino que mató por primera vez a los 12 años y nunca deja rastro de sus crímenes

